

FBI
R

ESCORPION
DONALD CURTIS



R

© Donald Curtis
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Depósito Legal: M. 3.949-1969.

Printed in Spain.

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bleisa, 6. MADRID-19

DONALD CURTIS

«Escorpión»

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Últimas obras de DONALD CURTIS publicadas en
nuestras colecciones:

Colección A. FEDERAL:

- Núm. 20.—Top secret.
» 24.—Doctor Devil.
» 27.—Al filo de la noche.
» 30.—El rostro del dragón

Colección SELECCIONES DEL F.B.I.:

- Núm. 320.—Cerco de tinieblas.

Colección F.B.I.:

- Núm. 811.—Siete horas.
» 814.—¡Horror!
» 820.—Amorosamente mortal.
» 823.—Los Zorros del 75.
» 826.—Exótica charada.
» 829.—Asesino de cristal.
» 832.—Rubia es la muerte.

«Escorpión»

DONALD CURTIS

INTRODUCCIÓN

Es esta una extraña historia.

La más extraña historia relacionada con el F.B.I. y sus hombres.

Es la historia de un caso criminal realmente insólito, y de un nombre más insólito todavía: «Escorpión».

Eso era todo: «Escorpión». Una palabra. La clave del más desconcertante enigma jamás presentado a los agentes especiales del Gobierno. Una serie de delitos audaces e imprevisibles, una, mente criminal de excepcional capacidad para combatir a los defensores de la Ley. Y un enigma viviente de proporciones insospechadas.

Tal vez de no mediar en la pugna otro cerebro tan agudo como el del supercriminal, el F.B.I. hubiera fracasado. Tal vez de no existir un hombre llamado Kent Freemont, de la Oficina Federal de Investigación, «Escorpión» sería actualmente una palabra enigmática e indescifrable, al frente de una carpeta cualquiera, en un «dossier» archivado por el F.B.I. como uno de los casos sin solución.

Pero Kent Freemont estaba allí. Y luchó por darle a esa sola palabra, a «Escorpión», un sentido, un significado, una razón de ser que, a la vez, esclarecería el desconcertante enigma. El peor y más difícil enigma con que jamás se enfrentó el Federal Bureau of Investigation.

PRIMERA PARTE

K

ENT Freemont recibió el primer impacto en pleno mentón.

Fue como si crujiera toda su cabeza, desgajada por una fuerza ciclópea, su cerebro tintineó con mil campanas a rebato, y el suelo le vino al encuentro, al tiempo que su cuerpo describía una asombrosa voltereta en el aire.

Después de eso, se golpeó contra un mueble, se arrastró por el suelo durante un trecho y terminó por quedarse inmóvil.

La inmovilidad duró apenas un segundó. Inmediatamente traté de moverse, de girar sobre sí mismo y ponerse en pie.

Fue completamente inútil.

Un pie le aplastó la mano extendida sobre las baldosas y otro se apoyó en su nuca con fuerza, hasta casi hacerla crujir lo mismo que crujiera su mandíbula, alcanzada por el directo de uno de los tres hombres.

—Si te mueves del suelo, Freemont, te romperemos la nuca —avisó una fría voz a sus espaldas—. ¿Por qué no eres buen chico y te estás quieto?

—Bastardo —escupió Freemont entre dientes—. Te tragarás golpe por golpe cuando te coja por mi cuenta...

—Eres obstinado como pocos, Kent Freemont. Estoy harto de ti y de tu persecución. ¿Qué mil diablos buscas en mi negocio, por qué metes los hocicos en todo lo que yo haga o deje de hacer?

—Sé que eres el amo de la trata de blancas en esta costa, Mattis. Y lo probaré, o dejaré el pellejo a tiras.

—Deja lo que quieras, porque me tiene sin cuidado. Si hace falta, me prestaré gustoso para ser yo quien te desuelle vivo. Sabes bien lo que has hecho. Te has metido en propiedad privada. Esta es mi casa, puerco federal. Te voy a hacer dar la más grande paliza de toda tu vida, y después de tenerte hecho unos zorros, te tiraré a cualquier parte.

—Hazlo. Hazlo, y todo el F.B.I. estará encima de ti.

—No me entiendes. Me pienso liquidarte, si a eso te refieres. Estoy seguro de que incluso serías feliz si te pegara cuatro tiros y

tirara tu cadáver al mar. Eso te convertiría en un héroe, y el F.B.I. caería sobre mí como una peste. No, amigo, soy demasiado listo para cometer errores de ese calibre. Lo que voy a hacer es algo muy diferente.

—Diferente... ¿Qué será ello? No puede ser nada bueno, viniendo de ti, bastardo.

Otro patadón, ahora en la escalda. Sintió como si corrieran cien ratas mordiéndole la espina dorsal. Juró entre dientes, furioso, y se contuvo, tendido en tierra, dominado por sus verdugos.

—Eso te enseñará a trátenme bien, Freemont —prosiguió calmosa la voz—: Y continuando con lo que te refería antes, muchacho, te diré que ya tengo planes hechos respecto a ti. Mis hombres van a enviarte a cualquier sitio, fuera de esta casa, después del palizón. Legalmente, no vas a poder hacer nada. Ellos jurarán que te sorprendieron merodeando y te golpearon creyéndote un ladrón. Yo, ni siquiera habré estado presente. Tendré una sólida coartada para esta hora, no te quepa duda.

—¿Qué espera obtener con eso, Mattis?

—Nada práctico. Solamente darte un buen escarmiento. Si luego sigues tras de mí con tu eterno cuento... te mataré. No creas que dudaré en hacerlo. Y será sin dejar huellas, con una coartada aún más sólida. Te enterrarán, y listo. Mattis es muy listo para pagar por la muerte de un puerco polizonte federal.

—Oh, sí, Hamilton Mattis siempre fue muy listo para todo. Incluso para comerciar con chicas jóvenes y atractivas, enviándolas a los sitios donde pagan bien esa mercancía, con supuestos contratos artísticos y todo eso. Eres un cerdo de la peor especie, Mattis.

Casi aulló al sentir el puntapié. Pero continuó quieto, sin quejarse ni pedir clemencia alguna.

—Veo que no tienes remedio, polizonte —suspiró Mattis—. Seguid, muchachos. Pegadle fuerte. Quiero que se acuerde de mí por mucho tiempo. Pegadle de forma que no llegue a morir... pero que llegue a desearlo con toda su alma.

—Sí, patrón. ¿Se queda usted?

—No, yo me voy. Y recordad. Deteneos en el momento preciso. No le hagáis más daño del necesario. Sé que sois expertos en la tarea.

—Claro, patrón —rio una voz áspera—. Déjelo de nuestra cuenta. Ese asqueroso tipo va a lamentar haber venido al mundo, esté seguro.

—Lo estoy. Hasta luego, muchachos. Cuando nos envíen a los

federales, ya sabéis. No tenéis idea de nada. Golpeasteis a un intruso, que escapó luego. No sabéis nada de nada.

—Muy bien, patrón...

Sonó una puerta tras la salida de Mattis.

Freemont sabía lo que eso significaba. Estaba solo con los dos gorilas. Iba a recibir la mayor paliza de su vida. Cerró los ojos y dominó sus nervios, sus sentimientos todos. Trató de recordar algo de las lecciones de «yoga» recién aprendidas, para ver si así era más fácil dominar el dolor, crear la insensibilidad física a la lluvia de brutales golpes que iba a seguir a todo aquello.

* * *

No sirvió de mucho, pero algo le alivió.

Los golpes fueron demasiado terribles y hábiles para no sentirlos, por muy «yoga» que uno pudiera ser.

Luego, cuando se hundió en la inconsciencia, sangrante y maltrecho, dejó de saberlo todo, absolutamente todo sobre lo que ocurría alrededor suyo, e incluso a su propia persona.

Tuvo leve noción de que era movido, trasladado a alguna parte, abandonado en un lugar frío, oscuro y húmedo.

Después, volvió a desvanecerse totalmente. Y no se despertó hasta que una luz cruda, violenta, hirió sus ojos.

Era ya pleno día. El sol estaba muy alto. El barro empapaba sus ropas y su cuerpo. En cierto modo, era un alivio para sus cortes, rasguños y heridas, para las tumefacciones que se extendían por su rostro y cuerpo.

No pudo incorporarse de momento. Temió que estuvieran rotos, astillados, todos los huesos de su cuerpo. No hubieran podido doler más, de estar realmente de ese modo.

Pero la cosa no había llegado a tanto. Al final pudo ponerse de rodillas, apoyar sus manos ensangrentadas en el suelo, e irse desplazando lentamente, hasta un cercano arroyuelo de agua turbia, que corría por una zanja.

Se tiró allí de bruces, empapó su rostro, sus manos, su cabeza toda, en el agua fresca y sucia. Notó algún alivio y muchos dolores en todo su cuerpo.

Finalmente, con un jadeo, se puso en pie. Tuvo que apoyarse en un árbol inmediato. Le flojeaba el cuerpo como si sus huesos fuesen pura gelatina. Le daba tumbos la cabeza. Sus ojos se deslumbraban con la claridad del sol.

Intentó caminar. Se cayó de rodillas primero, de bruces después.

Permaneció así unos minutos, recuperando fuerzas. Luego,

cansadamente lo intentó de nuevo, poniendo todo su empeño en el esfuerzo. Lo consiguió. Hasta que dio cuatro pasos, soltando el árbol. Finalmente, volvió a caer.

Insistió una vez más. El lugar era solitario, el aire olía a salitre, a humedad, y se percibía el lejano chillido de las gaviotas. Debía haber muy poca distancia a la costa. Algún lugar desértico, en los alrededores de Long Beach.

Tardarían semanas en encontrarle, si alguien no pasaba casualmente por allí. La carretera general debía distar al menos dos o trescientas yardas. Demasiado lejos para que un automovilista le descubriese, a la velocidad que circulaban por allí, tanto los que iban hacia el sur como los que se dirigían al norte de California.

Freemont se movió lenta, muy lentamente. Pero con creciente firmeza, con seguridad constante.

Le costó tiempo. Tiempo y esfuerzo. Y dolores, y calambres insoportables en todos sus miembros. Pero lo consiguió.

Llegó al bordé de la carretera general a Los Ángeles y San Diego. Se detuvo en su borde. Debía ofrecer un aspecto siniestro, embadurnado de barro, de sangre y de agua sucia.

Hizo gestos a algunos coches. Dos de ellos pasaron raudos, con gesto desconfiado y medroso en su conductor. El tercero, se detuvo. Era una camioneta de transporte comercial, con sede en San Diego, según rezaba en su carrocería brillantemente pintada de azul.

—Dios, ¡cómo está usted, amigo! —masculló el chófer, asustado—. Vamos, suba, le llevaré a un hospital. ¿Qué le pasó a su coche? ¿Volcó?

—No hay coche. Me golpearon y me tiraron por ahí —suspiró Freemont, acomodándose pesadamente en el asiento, junto al conductor.

—Diablo, eso es peor. Vamos, iremos también a la Policía...

—No hay lugar —rechazó el federal—. Yo soy la Policía.

—¡Usted!

—Sí, amigo. ¿Le extraña? —le mostró su credencial. No llevaba más. El arma le había sido arrebatada—. Vamos a cualquier sitio en Los Ángeles. Luego iré por mi pie adonde me puedan curar.

—No, no. Yo mismo le dejaré en un hospital...

—No quiero hospitales, informes oficiales ni nada de eso, amigo. Esto es algo privado entre ciertos tipos y yo. Ya ha visto que soy un agente federal. No es necesario que cumpla trámite alguno. Si quiere ser tan servicial conmigo, lléveme a Wilshire, mil ochocientos veinticinco. Es un edificio rojo, de apartamentos. Déjeme ahí, y habrá hecho una buena obra.

—¿Seguro que no necesita ir a un sitio donde le curen todo eso? Le dieron una buena, señor.

—Ya lo sé —rio huecamente Freemont—. No juzgue mal a todo el F.B.I. por el ridículo que me ve hacer a mí. Fui un poco estúpido y lo pagué, eso es todo. Por cierto, no se preocupe por mí. En ese lugar adónde vamos hay una persona que me cuidará mejor que ningún médico...

—¿Wilshire, mil ochocientos veinticinco, dijo usted?

—Exacto, amigo...

W

ILSHIRE, 1.825.

Apartamentos Hollywood Boulevard. Era su nombre.

Tenía once pisos, todos ellos de apartamentos con amplia y lujosa terraza. Once pisos, con cuatro apartamentos cada uno.

Uno de ellos era el que ocupaba Lori. Lori Hindle, exactamente.

Le contemplaba como a un marciano recién posado en su terraza, a bordo de un platillo volante.

—Estás horrible, Kent —comentó.

—Ya lo sé. No vas a descubrirme nada nuevo. Debo parecer el Hombre-Lobo.

—Poco menos. Tu belleza natural lo arregla algo, pero no mucho.

—Mil gracias —gruñó Freemont—. Tus piropos no arreglan la cuestión. Me dieron un palizón terrible.

—No hay que ser adivina para verlo —Lori Hindle le quitó cuidadosamente la camisa, pegada a su cuerpo por el barro y la sangre. Kent torció el gesto, pero no se quejó en absoluto—. Cielos, ¿qué clase de bestias salvajes hicieron esto?

—Unas que no vivirán para contarlo, si está en mi mano hacer tal cosa. Anda, límpiame todo eso un poco, desinfecta lo que puedas, cubre las heñidas que te sea posible, y luego dame un café con aspirinas. Después... déjame dormir tranquilo durante unas horas.

—Sí, Kent. ¿Quieres que llame a la Oficina Federal, por si te echan en falta?

—Oh, no, descuida —rechazó Kent jovialmente, contrayendo el rostro lívido, convulso por el dolor, cuando el algodón mojado en agua tibia comenzó a recorrer su piel lacerada, sangrante—. Tengo tres días de vacaciones. Hoy es viernes, ¿recuerdas? Es fiesta oficial. Ayer tarde me fui para no volver hasta el lunes. Deben imaginar que lo estoy pasando formidablemente con unas chicas...

—Pobre Kent —suspiró Lori, mirándole compasiva—. ¿En qué clase de avispero te metiste?

—En una colmena de abejas locas. Así como las abejas reinas viven de los machos, que son sus esclavos, en esta colmena son los machos quienes utilizan de esclavas a las abejas reinas. Y las venden como mercancía al mejor postor. ¿Entiendes?

—¿Trata de blancas?

—Sí.

—Cielos... ¿No será... Mattis?

—Hamilton Mattis, en efecto. Tu jefe.

—Dios mío... —el rostro de Lori se puso lívido—. ¿Fue capaz de... de esto?

—Él, personalmente, no. Se limitó a soltarme un buen golpe cuando me sujetaban sus esbirros. Ellos hicieron el resto. Eran dos salvajes que debieron ser luchadores hasta hace poco. Me molieron a conciencia.

—Pero él sabe que puedes hacerle arrestar por esto...

—No es fácil. Será mi palabra contra la suya. Y tendrá amigos influyentes que jurarán que anoche estuvieron con él todo el tiempo, al menos en Pasadena, mientras yo iba a Long Beach, a su residencia frente al mar.

—Entiendo. Te faltarán pruebas...

—Sí, me faltarán todas las pruebas, cariño. Y él lo sabe. No es un asunto oficial. El F.B.I. busca a los traficantes de chicas desaparecidas últimamente en California, pero nadie sabe nada. Yo creí acertar, y busqué a tu jefe. Hamilton Mattis, además de regentar un club nocturno y de patrocinar concursos de belleza... envía muchachas sin familia adonde las pagan bien. Unos supuestos contratos de trabajo, la chica se va al extranjero, desaparece... Y aquí no ha pasado nada. Eso es lo que sucede, Lori. Ten mucho cuidado con tu persona. Estás en manos de un filibustero.

—¿Yo? —Lori se sorprendió—. No creo que peligre. Llevo tiempo trabajando con Mattis y...

—Eres bonita. Bonita, joven, con una figura maravillosa... —Freemont la contempló, desde el sofá donde estaba tendido, y le guiñó un ojo—. Cuidado, Lori. Si algún día desapareces, colgaré a ese bastardo del árbol más alto de la costa del Pacífico, sin esperar a más.

—Tendré mucho cuidado, descuida —rio ella. Y se encaminó hacia el botiquín.

Realmente, Lori era una muchacha llena de encantos físicos. Además de eso; era una gran chica, pensó Freemont.

Precisamente por su amistad con ella, había pensado en Mattis, relacionándolo con el tráfico de mujeres en la costa del Pacífico.

Mujeres con destino ignorado, que siempre habían sido contratadas por Mattis, para espectáculos en jira por diversos países centroamericanos, o bien para actuaciones en Hong Kong, Singapur y sitios así.

Y estaba en lo cierto. Sin duda que lo estaba. La violenta reacción de Mattis, que ya en dos ocasiones chocara con él, con motivo de una investigación sobre estupefacientes y otra sobre impuestos y defraudaciones al Fisco, demostraba que no era ajeno al negocio, y había querido dejar en Freemont la huella de un escarmiento brutal.

—Ahora, tus piernas —sonrió Lori, una vez hubo desinfectado y vendado cuidadosamente su torso—. Quítate los pantalones.

—Eh, Lori, eso no —protestó Kent—. Puedo curarme yo las piernas y no será necesario que tú...

—Las piernas —insistió ella, tajante—. Quítate el pantalón, o te lo quitaré yo. No creo que en tu estado actual puedas resistir mucho. Tengo más fuerzas que tú en estos momentos...

—Sin duda. Sí, sí, ya me quito los pantalones... —rezongó Freemont, en tanto ella reía, sin volverse siquiera de espaldas—. Lori, no creo que tengas que mirar mientras yo...

—Vamos, no seas tonto. Te tendré que mirar igual cuando te cure. Después de todo, eres un hombre como otro cualquiera. No vas a enternecer mi corazón. Sabes que solo palpita al compás del tintineo del oro.

—Lori, eres una mujer tremendamente materialista. Oro, oro... ¿Solo admites el amor de los hombres ricos?

—Solo eso. Me va muy bien así. El amor es un estorbo. Tengo un apartamento lujoso, dinero en el Banco... Y no tengo que soportar a ningún tonto celoso. Eso es lo que gano con hacer caso a las personas de fortuna.

—Ahora es ese joven millonario, Frank Donovan, ¿no es cierto?

—¿Joven? —ella rio con cinismo—. Bueno, comparado con el anterior, Clark R. Nash, es bastante joven, sí. Solo cuarenta y ocho años... aunque represente treinta y cinco.

—Aun así, sería demasiado viejo. ¿Qué edad tienes tú, Loris?

—Eso es una indiscreción, Kent...

—Vamos, vamos —el federal agitó una mano, en tanto ella pasaba sus dedos suaves sobre dos cortes profundos en el muslo del joven agente—. Entre tú y yo no hay esas tonterías. Después de todo, somos solamente amigos, buenos camaradas y todo eso. No voy a hacer la competencia a tu amado y dorado caballero Donovan.

—Está bien. Te diré la verdad; tengo ya veintitrés años.

—Uf, empiezas a ser vieja —ululó Kent—. Te iría bien un tipo como yo. Tengo solamente veintiocho años y...

—Recuerda el pacto entre nosotros —le detuvo Lori, alzando solemnemente una mano—. Nuestra amistad perdurará mientras respetes los términos convenidos. Soy una mujer, y tú un hombre. Conforme. La amistad pura y simple, es difícil entre dos seres de distinto sexo. Conforme. Pero no imposible. En eso no estoy de acuerdo con los psicólogos. Puede haber amistad sin amor. Lo estoy demostrando. Te aprecio de veras, Kent. Pero, como hombre, no siento nada hacia ti.

—Me gustaría poder decir igual —se estremeció Kent—. Diabli, pero cuando estás tan cerca y rozas mi piel con tus dedos...

—Kent Freemont, el hombre es el más débil en todas las ocasiones —le reprochó ella—. Terminaremos perdiendo nuestra bonita amistad.

—Está bien, disculpa. Diabli, ¿por qué no dejas ya de curarme esas heridas?

—Porque no están totalmente curadas, ¿no lo ves? —luego, Lori se echó a reír burlonamente—. No te hagas ilusiones. Te aseguro que no me mueve ningún interés especial el acariciar tus arrogantes formas de atleta...

Terminó de curarle, cubriendo con apósitos o desinfectantes y astringentes sus cortes de las manos y el rostro. Luego le sirvió el café con los calmantes.

Kent se tendió en el sofá. Ella le cubrió con una manta.

—Eres maravillosa —musitó el federal—. ¿De veras no te comprometeré quedándome aquí dormido? Tu galán de oro puede venir y...

—Descuida. No vendrá. Soy yo quien se reúne con él esta noche.

—¿Esta noche?

—Eso dije, Kent. Tú, descansa. Te despertaré cuando vuelva de la velada... Frank quiere llevarme a un nuevo club nocturno en Santa Ana. No volveré muy tarde, palabra. Dulces sueños, Kent.

Se inclinó y besó su frente, eludiendo los labios de Kent, que buscaban los suyos. El federal, ceñudo, hubo de conformarse con besar su mano.

Poco después, dormía profundamente.

Lori lo contempló absorta, con una media sonrisa flotando en sus labios gordezuelos, vivamente sensuales.

—Kent Freemont... —musitó—. Eres un chico maravilloso. ¿Por qué no te conocería antes? Ahora es demasiado tarde ya... No soy una chica que pueda ofrecerte su castidad ante el altar... y tú no te

mereces otra cosa. Claro que te amo; grandísimo tonto... Pero no me gustaría manchar mis sentimientos hacia ti con una vulgar aventura de unas noches... Ni quiero que te unas a mí siendo lo que soy...

Sacudió la cabeza, con tristeza, y se encaminó a su dormitorio.

Kent Freemont dormía profundamente en el sofá, bien ajeno a las palabras que su amiga Lori acababa de pronunciar.

La fatiga y el dolor habían vencido su fuerte naturaleza al fin.

* * *

«Escorpión».

La palabra allí, ante él. Como un término incongruente o la clave de un acertijo.

—No entiendo nada —confesó el inspector federal Clifford Evans.

—Yo tampoco, señor —corroboró el agente Ronnie Martin.

—¿Solo encontraron eso?

—Eso... y la figurilla, señor. Era todo.

—Era todo... —resopló el inspector Evans, meditativo. Tomó la figurilla y la examinó, con ojos profundamente preocupados.

Se trataba de una bella miniatura de metal dorado. Un escorpión perfectamente modelado, sobre sus propias patas y sin pie alguno en qué apoyarse. Un escorpión de unas cuatro o cinco pulgadas de longitud.

—Un escorpión de metal... y la palabra ESCORPIÓN escrita en una tarjeta de visita en blanco. Eso es todo...

—Es todo, señor. Ambas cosas estaban junto el cadáver. Como puestas a propósito.

—¿Qué pueden significar, Martin?

—Nadie tiene la menor idea, señor. Esos escorpiones pueden encontrarse en cualquier establecimiento, en bazares y en sitios especializados en venta de figurillas metálicas. No tiene nada de particular. Por veinticinco centavos se puede adquirir uno en cualquier momento.

—Y la tarjeta, se imprimió con letras adhesivas, de esas que se venden sobre papel, para grabar o rotular —comentó pensativo el inspector Evans.

—En efecto, señor. Tampoco eso revela gran cosa. Cualquiera puede hacer ese trabajo, solo con adherir las letras a la cartulina. No hay huellas en esta.

—Parece como si el asesino hubiera querido dejar con esto una clave o una firma, o cosa parecida —comentó Evans, frotándose el

mentón—. ¿Sabe usted quién era la chica?

—Se está tratando de averiguar eso. Hicieron todo lo posible por evitar que se la identifique. Estaba... completamente desnuda. El escorpión yacía junto a sus senos, como si la hubiese mordido, provocándole la muerte. Eso es simbólico, claro, porque la muerte se la provocaron por un procedimiento mucho menos sinuoso que enviándole un escorpión a causarle una herida mortal.

—Con un arma cortante, ¿no es cierto?

—Un arma muy afilada. Y corta. Yo diría que una navaja automática, o quizá un cuchillo de hoja no muy larga ni ancha, como un estilete oriental. Tiene el corte justamente en la yugular. La pobre muchacha murió desangrada. El asesino sabía lo que se hacía.

—Y en cuanto a las huellas dactilares de la infortunada...

—Imposible obtenerlas, señor. El asesino fue terriblemente cruel y astuto en ese punto. Todos los dedos de sus manos fueron mutilados, cortados desde su última falange hasta la uña. Es decir, faltan las yemas de todos sus dedos. No hay, pues, posibilidad de huella alguna...

—El criminal trabajó concienzudamente. Mutilación criminal, encaminada a desvirtuar cualquier identificación rápida. ¿La conocía alguien en la vecindad?

—Nadie, señor. Ni nadie sabe cómo llegó hasta allí. El cuerpo yacía en la trastienda del hotel-restaurant. Dio un buen susto a la encargada de la caía, cuando entró a recoger unas cosas.

—Tuvieron que pasarlo por algún sitio poco visible...

—La trastienda da a un patio, y este a un callejón posterior. No sería difícil que lo hicieran.

—¿Tampoco en el hotel saben nada de la chica?

—Tampoco, señor. No era ningún huésped ni cliente del local. Los vecinos la desconocen, el patrullero de servicio no la había visto jamás. Todos coinciden en que, de haberla visto, no era fácil que les pasara inadvertida.

—¿Era hermosa?

—Bueno, simplemente atractiva, muy rubia...

—Martin hizo un ademán expresivo—. Eran sus formas las que...

—Entiendo, sí —convino el inspector federal—. Bien, Martin. Vaya a casa de Freemont. Posiblemente esté allí pasando su largo «week-end». Dígale que lamento molestarle con esto, pero él es especialista en asuntos de faldas o de desnudos femeninos. Que venga a ayudarnos un poco.

—Eso a Freemont no le va a gustar —comentó Martin, torciendo

el gesto.

—Ya lo sé —rio el inspector—. Pero cálmeme diciendo que mañana le dejaremos nuevamente en paz, una vez nos ayude en este enredo. Si él, que conoce a todas las mujeres de Los Ángeles, Long Beach y San Diego, no logra darnos una pista sobre esa chica en unas horas, es que nadie conoce a la pobre muchacha en esta parte de California, estoy seguro.

—También yo, señor. ¿Hago que saquen fotografías ampliadas del rostro de la muerta?

—Ampliadas y bien claras, muy detalladas. Que maquillen el cadáver, si es preciso. Hoy en día, es rara la chica que no va maquillada, y la muerte siempre deforma las facciones de una muchacha. Maquillada y peinada, que le hagan varias fotos con buena luz, y las envíen a Freemont. Él sabrá qué hacer con ellas.

—Sí, señor. Así lo haré—. Martin sacudió la cabeza—. Pero repito que a Kent no va a gustarle nada todo esto...

III

E

H? —Kent se incorporó vivamente, al sentirse zarandeado—. ¿Ya es tan tarde?

—No, querido. No son más que las ocho de la noche.

—¿Las ocho? Yo hubiera querido dormir hasta las ocho... de la mañana. ¿Por qué me llamas ahora?

—Kent, hubo dos llamadas apremiantes a mi teléfono. Era tu amigo y camarada Ronnie Martin.

—¡Martin! ¿Qué diablos quiere él ahora? —Kent trató de ponerse sentado en el sofá y se cayó hacia atrás de nuevo, con una queja de dolor. Sintió todo su cuerpo como agujoneado por mil alfilerazos violentos y taladrantes—. ¿Es que están locos? Dije que no me molestaran, que durante estos días no quería que nadie me...

—Todo lo que quieras, Kent, pero Martin insistió. La segunda vez me dijo que no tratara de ocultarte en mi casa o en otra parte, que era una orden tajante del inspector Evans.

—El inspector... ¡Lo que me faltaba ahora! —se llevó Kent Freemont las manos a la cabeza—. Por todos los diablos, ¿y qué quieren?

—Que vayas al F.B.I.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo, esta noche. Te necesitan con urgencia. Es una misión especial y urgente. Dijo Martin que si la cumplías, el inspector te daría dos días más en señal de gratitud, para que los disfrutes por ahí.

—El inspector y sus promesas... —gruñó Kent malhumorado—. Me debe más de dos meses de permisos, si hago caso de sus doradas promesas. Luego, siempre hay algo qué hacer...

—Lo siento, Kent. No quería llamarte aun. Pero insistieron tanto... Parece que ocurrió algo terrible. Un crimen, o cosa así.

—Un crimen... ¿Y solamente existo yo en la Oficina Federal de Los Ángeles?

—No sé. Tal vez sí. Por lo menos, eres de los mejores, ¿no?

—Lo dudo mucho. Cuando el inspector me vea esta cara, va a

ponerlo en tela de juicio. Y se va a reír de mí.

—¿Le dirás que fue Mattis, con sus esbirros?

—No, no —rechazó Kent duramente—. Le diré cualquier cosa. Que me cayó una casa encima... o que me arrolló el expreso de San Francisco. No sé... —tiró con malhumor la manta a un lado.

—¿Vas a ir por fin? Deberías descansar e ir mañana... Si quieres, yo misma llamaré al inspector Evans y hablaré con él...

—No, Lori. Cuando el inspector Evans dice «ahora», es ahora, sin lugar a dudas. Si hay un crimen que le haya hecho acordarse de mí y molestarme durante mi descanso de fin de semana, es que algo especial ocurre con ese crimen.

—Habrá chicas por medio —señaló irónicamente Lori.

—Oh, pues sí... —Kent abrió mucho los ojos, mirando a la joven—. Es muy posible que sea lo que tú has dicho...

Fue a por su americana. Aunque Lori la había limpiado lo mejor posible, daba pena verla. Lo mismo que sus pantalones, rotos y sucios.

—Tendré que ir primero a mi apartamento, a cambiarme —refunfuñó Kent malhumorado—. Todo esto está hecho una lástima.

—Kent, ¿crees que podrás moverte por la ciudad, tal cómo estás?

—¿Qué remedio me queda? Soy el único tipo en la vida que no tiene derecho ni a descansar un poco cuando le han molido a golpes. Mi vida es un encanto, Lori...

Salió del apartamento, tirando un beso con la punta de los dedos hacia la joven. Ella se quedó allí, viéndole salir, con expresión preocupada.

Luego, muy despacio, comenzó a desnudarse. Era la hora de ir a trabajar al club nocturno de Mattis. Después, Frank Donovan la llevaría a conocer aquel nuevo cabaret de Santa Ana, al estilo mexicano. Un lugar típico y muy lujoso, según Frank.

Suspiró. Le aburrían las largas noches de club en club, las veladas hasta el amanecer. Pero Frank mantenía sus gastos, y había que hacer lo que a él le gustaba. Formaba parte de sus obligaciones.

Sin querer, volvió a pensar en Kent Freemont. Y en el nuevo caso que le iban a encomendar. Un crimen. Posiblemente con chicas atractivas y ligeras por medio, como le había dicho poco antes a Kent. Eran su especialidad. Por eso se ocupaba de la trata de blancas en la Oficina Federal. Kent tenía algo que atraía a toda clase de muchachas, especialmente a las de vida algo alegre. Solo que todas ellas, para él, no eran más que una peripecia, una aventura o un romance fugaz todo lo más. Siempre había dicho que cuando se

casara no lo haría con una chica de club nocturno ni con una mujer que ya hubiese amado a otros hombres.

Lori pestañeó, con amargura. Sentía celos de Kent. Celos de su nuevo caso, de las posibles mujeres hermosas e insinuantes que se cruzaran en su camino. Celos de no poder ser ella una de tantas. Celos de saber que nunca, nunca, sería Kent Freemont completamente suyo. Celos de saber que ella no era el ideal de mujer que él buscaba, sino una más en su carrera profesional, salpicada de bellas damas complacientes...

Hubo una leve, sospechosa humedad, en las bonitas pupilas jaspeadas de la joven.

Su cuerpo semidesnudo, escultural, se detuvo ante el armario. Escogió desganadamente el traje de noche que llevaría, para acompañar a Frank Donovan al club nocturno de Santa Ana.

* * *

Estaba bastante más presentable que al salir del apartamento de Lori, en Wilshire 1.825.

Y llevaba nuevamente su arma. Su automática, gentilmente devuelta, en un paquete anónimo, a su propio apartamento. Mattis había tenido un detalle de corrección. O miedo a que el robo de un arma federal pudiera complicarle seriamente en algo.

Por la fuerza de la costumbre, Kent buscó huellas en el arma o el envoltorio, pero no halló ninguna. Mattis o sus esbirros debieron manipularlo todo con guantes, para no denunciarse a sí mismos.

—Infiernos, Kent, ¿qué le ha ocurrido en la cara, en sus manos...? —fue lo primero que exclamó su jefe, el inspector Clifford Evans, al verle entrar.

—Tuve un accidente de automóvil, señor —mintió fríamente Kent—. Salí bien librado. Pude haber muerto.

—Seguro que se distrajo mirando a la chica que llevaba a su lado.

—Seguro —Kent torció el gesto con sarcasmo.

—Se habrá quedado su coche totalmente destrozado...

—No era mi coche. Era el de ella. Y ella conducía... —hizo una pausa, tras su cínica mentira, y cambió de entonación—. Bien, inspector, ¿qué es lo que sucede exactamente?

—Kent, si se encuentra mal, vuelva a casa. Ya nos arreglaremos nosotros. Yo no podía saber... ¿Por qué diablos no le contó esto a Martin, para evitar el venir hasta aquí? No está en condiciones de...

—Me siento fresco como una rosa, inspector —dijo irónicamente Kent—. Además, ya estoy aquí, que era lo peor de todo. Dígame lo

que pasa. Haré lo que sea, si no necesito hacer ejercicios acrobáticos para ello. Creo que no sería capaz de mover un brazo con cierta energía...

—Bueno, no creo que se vea forzado a nada violento. Se trata solo de un trabajo de identificación.

—¿Identificación? ¿De quién?

—Eso es lo que queremos saber —le tendió unas brillantes cartulinas. Fotografías muy nítidas, que Freemont tomó—. Esta es la chica.

Kent silbó entre dientes.

—Muy bonita. Está desnuda, parece. Y dormida... —levantó con sobresalto la cabeza—. ¿O está...?

—Muerta, sí —suspiró el inspector, asintiendo con un movimiento enérgico—. Degollada. Le seccionaron la yugular de un tajo.

—Hermoso procedimiento —gruñó Kent, irritado. Examinó de nuevo a la chica—. ¿Solo estas fotos, inspector?

—Solo eso. Ni ropas, ni testigos que la conozcan, ni nada. Estaba tan vestida como Eva en el Paraíso, cuando dieron con ella en la trastienda de un hotel-restaurante de Inglewood.

—Inglewood... Entre Los Ángeles City y Long Beach... —meditó Kent—. ¿Y sus huellas dactilares?

—No hay.

—¿No hay? —pestañeó Kent—. ¿Por qué no? ¿Era un fenómeno de feria acaso? Supongo que tendría manos.

—Las tenía. Con los dedos cortados, mutilados.

—Entiendo —Kent agitó las cartulinas, pensativo—. Muy astuto el asesino. Y muy salvaje.

—Estamos completamente de acuerdo. De momento, debemos limitarnos a identificar a la chica, por si su personalidad nos conduce al asesino de alguna forma. Luego nos ocuparemos del «Escorpión».

—De... ¿quién? —saltó vivamente Freemont, abriendo mucho sus ojos.

—«Escorpión». Suponemos que le gustará que lo llamen así. Para nosotros, es una forma cómoda de mencionarlo.

—Bueno, supongo que habrá una razón para eso...

—Hay dos. Su tarjeta de visita... y esto.

Dejó sobre la mesa la figurilla dorada del arácnico escorpiónido. Y también la tarjeta escrita. Kent estudió la figura con aprensión.

—Las hay a cientos en los bazares. Cuestan exactamente treinta y cinco centavos. Martin confirmó eso. Nadie recuerda haber

vendido uno en especial, o varios. Mucha gente los compra de adorno para sus despachos o gabinetes.

—No sería yo uno de ellos —comentó Kent con repugnancia.

—Yo tampoco, pero así es la gente. Se vende mucho. De modo que es imposible seguirle la pista a eso. Y la tarjeta, ya ve que tampoco tiene nada notable.

Evans contó a Kent el resto de los detalles del asunto. Mientras le escuchaba, Freemont daba vueltas en su mano al arácnido. Lo dejó luego sobre la mesa, con un nuevo rictus de escasa simpatía hacia la alimaña.

—«Escorpión»... —recitó lentamente—. Sí, puede que sea todo un símbolo... o una firma. La firma de un loco, en tal caso.

—¿Un loco?

—Solamente ellos dejan siempre huella de su crimen. Recuerde los casos más famosos de la historia del crimen. Suponiendo, claro está, que esto signifique una firma.

—¿Qué otra cosa podría ser, Kent?

—Tal vez una advertencia para alguien. Mañana, los periódicos dirán que una chica apareció muerta con un escorpión de metal junto a su cuerpo. Tal vez eso signifique algo para alguna persona determinada.

—¿Cree en una venganza, en un acto criminal a estilo Mafia...?

—No creo nada todavía. Como usted dijo, de momento dejemos a «Escorpión». Y vamos con la chica. Empezaré por Los Ángeles y terminaré en San Diego. Si de aquí a allá no encuentro a nadie que la conozca, será mejor dejarlo, porque no será ese el camino.

—Confiamos en usted, Kent. Sabemos que conoce a chicas de todas las esferas sociales. Especialmente, la clase de chicas a que parece pertenecer esa muchacha. Era muy joven. Según los médicos, no debía pasar de los veintidós años. Sin embargo, no era precisamente una doncella pura y sin mácula, según el primer informe forense.

—Entiendo —suspiró Kent—. Malaparte dijo que «los leones de piedra y bronce de Roma, rugirán el día que pase una doncella de dieciocho años». Creo que debió haberse dado un paseo por Los Ángeles, y también hubiera tenido alguna frase para nuestras muchachas...

Guardó las fotografías en el bolsillo y se encaminó cansadamente hacia la salida. Evans todavía mostró su preocupación por él:

—Kent, ¿va a empezar esta misma noche? Le convendría descansar más, y tal vez mañana...

—No, no. Esta noche es buen momento —sonrió como lo haría un lobo, al girar la cabeza hacia su superior—. El trabajo me hace feliz, jefe.

—Esa es la mayor mentira que jamás oí en sus labios, Kent —refunfuñó Evans, que con una sonrisa malévola añadió—: Aparte la que me dijo antes del accidente de coche, naturalmente. Pero supongo que será inútil preguntarle qué clase de bastardos le dejaron en ese estado...

—Usted lo dijo, señor, inútil preguntar por esos bastardos —hizo un gesto de salutación burlona, y concluyó, antes de abandonar la oficina—: Me pregunto cuándo diablos podré engañarle a usted en algo...

La risa irónica de su jefe le escoltó en sus primeros pasos por el corredor.

* * *

—No. Nunca la vi, Kent. Palabra que no.

—Te creo, Cindy —Freemont dio un pellizco en la nalga de la joven pelirroja, y echó una aburrida mirada por el local cuya atmósfera aparecía cargada de un humo azulado—. ¿Dónde están Lorelei y Elma?

—Volverán enseguida—. Cindy contorneó sus curvas en torno a Kent, como si este fuese el epicentro de un torbellino—. ¿No vas a quedarte aquí haciéndome compañía?

—Estoy ocupado, preciosa. Tengo cosas que hacer esta noche. Muchas cosas y poco tiempo disponible. Otro día vendré.

—Otro día... —Cindy hizo un gesto, un mohín de enfado—. Dijiste eso hace aproximadamente cinco meses, ¿recuerdas?

—A veces sufro ataques de amnesia. El exceso de trabajo, ¿sabes? —miró hacia la puerta del fondo. Vio venir a Lorelei y Elma con dos hombres colgados de sus brazos. Se apartó de Cindy, para dirigirse a aquellas dos rubias exuberantes. Los hombres le miraron con cierto recelo y agresividad.

—¡Kent, cariño! —exclamó Lorelei, abriendo mucho sus ojos azules y algo miopes—. ¿Eres tú en persona?

—En carne y hueso, sí.

—¿Qué te hicieron en la cara, Kent? —se preocupó Elma.

—Es un recuerdo amistoso nada más. Quería hablar con vosotras.

—Oiga, amigo, será mejor que no se meta con nuestras chicas. Hemos pagado para bailar con ellas toda la noche, y no vamos a...

—Está bien, está bien, muchachos —les calmó Kent—. No

tienen que preocuparse por mí. Yo soy viejo amigo de sus chicas. No voy a quitarles nada de nada. Solo las entretendré unos segundos. Les voy a enseñar algo y voy a hacerles una pregunta, la misma a las dos. Eso será todo. ¿Verdad que eso no les molesta?

Si les molestaba, se aguantaron, porque ninguno protestó ya. Lorelei y Elma miraron las fotografías que Kent les tendía. Los dos hombres, por simple curiosidad, también lo hicieron. Kent no se lo prohibió. Si eran habituales pájaros nocturnos de revoloteo en los «dancings» y «night-clubs», podían serle también útiles.

—¿Ver a esa chica? —Lorelei meneó negativamente su hueca cabecita rubia—. No, cariño. Nunca la vi antes.

—Tampoco yo —confirmó Elma—. Y soy buena fisonomista, tú lo sabes. ¿Para qué la buscas?

—Heredó diez millones de una tía de Brasil —rezongó Kent—. El abogado dice que hay otro millón para quien ayude a encontrarla...

Los dos hombres se esforzaron en mirar las fotos, y las dos rubias lucharon denodadamente por sacar algo en claro otra vez. Pero todo era inútil.

—No —dijeron los hombres, mientras ellas movían sus cabezas en sentido negativo—. No tenemos ni la menor idea. Esa chica nos es desconocida, por desgracia.

—Ya —Kent guardó las fotografías en su bolsillo—. Gracias de todos modos, muchachos.

—Eh, Kent, ¿ya te marchas? —Lorelei parecía desolada.

—Hoy tenéis compañía, preciosas —señaló él a los dos individuos—. Otra noche nos veremos.

Las dejó allí, decepcionadas. Ya cerca de la salida del «dancing», se cruzó de nuevo con la pelirroja Cindy.

—Kent, amor... Vamos a bailar siquiera una pieza —runruneó ella.

—Otra noche, encanto —se desasíó hábilmente de los brazos de Cindy y salió disparado del club de baile por «tickets».

Era el sexto local de Los Ángeles que recorría. Estaba seguro de que no había hecho más que empezar.

Y que, poco más o menos, iba a perder una noche entera recibiendo respuestas similares en todas partes.

* * *

—No. No la vi nunca...

—¿Esa muchacha? Es un bombón... pero no sé quién es.

—No, Kent Ni idea.

—Señor Freemont, es preciosa. ¿Dónde puedo encontrarla? No, por aquí no la he visto jamás...

—No la reconozco.

—Quisiera ayudarle, federal. Pero no sé quién es ella.

—Encanto, ¿por qué molestarte en buscar a esa chica, estando yo aquí? Oh, Kent, amor... Está bien, no te pongas pesado. No sé quién es. ¡No lo sé!

—Pues no; es la primera vez que veo esa cara.

—Se parece a Kitty... Pero no, Kitty no es. Seguro que no. Tiene más nariz, los labios más delgados... No, no es Kitty. No sé quién pueda ser...

—No.

—No lo sé...

Siempre la misma respuesta, repetida en su fondo y casi idéntica en su forma.

Nadie la conocía. Nadie la había visto nunca.

Los Ángeles, Santa Mónica, Alhambra, Inglewood, Long Beach, Santa Ana...

En todas partes igual. Nada de nada.

Pero Kent Freemont era incansable, obstinado, terco, implacable en cualquier misión que se le asignara.

Y en Santa Ana, precisamente, tuvo lugar la casual coincidencia.

En el nuevo «Tequila Club».

* * *

—¡Kent Freemont en persona!

—Vaya... El mundo es pequeño, después de todo... ¿Tú por aquí, Lori?

—Te lo dije. Iba a conocer este nuevo club... Kent, este es Frank Donovan, mi prometido. Frank, él es Kent Freemont, un agente federal con el que me une una buena amistad.

—Es un placer, Freemont —el hombre sólido, elegante, de cabellos muy oscuros, ojos grises y expresión risueña, estrechó con calor la mano de Kent—. A veces ya me habló Lori de su amistad con usted. No es frecuente hallar amigos de distinto sexo tan... tan completamente desinteresados y leales.

—Tal vez sea porque Lori no es mi tipo —rio Kent, divertido—. O porque me gusta ser fiel a una amistad, mientras no hay razón para otra cosa, señor Donovan. Respeto a Lori, y respeto su noviazgo con usted. Es mi modo de ser.

—Eso le honra. Especialmente, teniendo la fama que usted tiene —rio el millonario.

—Bien, eso es otra cosa —rechazó Kent con un ademán. Luego, de repente, vio endurecerse los ojos de Lori, y se puso rígido. Ella miraba a algo o alguien situado a sus espaldas—. ¿Qué ocurre, Lori?

—Es noche de encuentros, Kent. Pero este es más desagradable para todos. Mi jefe, Hamilton Mattis... Está ahí.

Kent sintió hervir su sangre en las venas. Pero se volvió parsimoniosamente, lentamente. Miró hacia el fondo de la sala alegremente decorada con motivos charros y multicolores del «Tequila Club».

Ella tenía razón. Era Mattis, impecable en su «smoking» azul claro. Mattis, con dos de sus inevitables guardaespaldas a corta distancia, embutidos en unos «smokings» negros que les sentaban fatalmente a sus figuras musculosas y toscas.

—Vaya. Conque Hamilton Mattis... —comentó Kent apaciblemente entre dientes.

—Cuidado —avisó Lori, tensa—. No provoques incidentes aquí. Tiene muchos amigos. Podría complicarse todo.

—Ella tiene razón, Freemont —señaló el millonario—. Conozco a Mattis. Y conozco a sus amigos. No se complique con él, aunque no sean muy amigos.

—Somos entrañables camaradas, Donovan —rio huecamente Kent—. No tema. No ocurrirá nada...

Se apartó de Lori y de Donovan para ir lenta, apaciblemente, en busca de Hamilton Mattis, que, súbitamente, le había descubierto también a él en el «Tequila Club».

Mantuvo la serenidad de su expresión, su inmutable gesto. Pero palideció ligeramente. A su brazo, colgada de él, una dama de aspecto elegante alta y hermosa, de figura siluetada turbadoramente por la seda malva de su traje de noche sobrio y distinguido, reía y comentaba cosas con otra pareja, formada por un joven enjuto, elegante también, de expresión amable y ojos risueños, y una mujer diametralmente opuesta a la dama del vestido malva que hacía pareja con Mattis.

Esta otra mujer tenía el aspecto peculiar de la clásica mariposa nocturna de los «night-clubs» elegantes. Parecen distinguidas, pero no lo son. Kent tenía buen ojo clínico para esa clase de damas, que habitualmente eran escoltadas por hombres de dinero y de buena posición social. Lori era un caso parecido, pero de apariencia más correcta y elegante que la dama del joven risueño y delgado.

—Buenas noches, Mattis —saludó fríamente Kent, parándose ante el hombre culpable de la mortal paliza recibida pocas horas antes.

Él le miró fríamente, en guardia, en tensión todos sus nervios y músculos. Los guardaespaldas se aproximaron lentamente, flanqueando al enemigo de Kent.

—Buenas noches, Freemont —habló suavemente Mattis—. Qué notable sorpresa encontrarnos aquí.

IV

L

A atmósfera estaba tan cargada que parecía despedir chispas de alto voltaje.

El silencio que reinó en los grupos duró segundos solamente. Pero parecieron siglos. Y todos parecieron notar esa tensión insoportable, sofocante, que se desprendía del encuentro de ambos hombres.

Kent Freemont se expresó luego con igual frialdad que al principio:

—Es un encuentro absolutamente casual el nuestro, Mattis.

—¿De veras? —la sonrisa de Mattis se dibujó débilmente en sus delgados, crueles labios sin color—. Creí que no era tan casual...

—Puedo asegurárselo. El destino vuelve a juntarnos una vez más.

—Sí, el destino es muy caprichoso, ¿no, Freemont?

—Mucho. Por cierto que, aprovechando nuestro encuentro, voy a pedirle un favor, Mattis.

—¿Un favor? —se inclinó, cortés, sarcástico—. Sabe que estoy a su disposición para cuanto desee.

—Gracias. Muy amable, Mattis. Aprovechando nuestro encuentro, y sabiendo cuán bien conoce usted a muchas damas de cualquier esfera social de California, me he permitido pensar que acaso pueda ayudarme...

Llevó la mano al bolsillo. Rápidamente, Mattis dio un paso atrás, y sus dos esbirros buscaron algo en sus bolsillos. Kent sonrió inefablemente, al extraer las fotografías, que tendió a Mattis.

—¿Qué es esto, Freemont?

—Fotografías.

—¿De quién?

—Eso quiero saber. El F.B.I. está interesado en localizar a esa chica. Nos gustaría saber algo sobre ella. Su nombre, su identidad, algo en suma...

—A ver... —Mattis, ceñudo, miró con cierta desconfianza a Kent y luego empezó a estudiar aquellas fotografías minuciosamente.

Con él, lo hizo, con gesto completamente indiferente, la dama del elegante vestido malva. Al final, Mattis negó, como habían negado todos—. No, Kent. No conozco a esa chica. Nunca la vi, puedo jurarlo.

Tal vez mentía, o tal vez no. Su gesto no había variado en absoluto. La dama del vestido malva pasó a mirar ahora a Kent, y su interés por él fue mucho mayor que por las fotografías.

—¿Es usted agente federal? —preguntó, llena de curiosidad.

—En efecto, señorita... —se inclinó, cortés, Kent—. Kent Freemont, del F.B.I. A su disposición. Si es usted amiga de Mattis, él sabe que puede contar conmigo en todo momento, para atenderla a usted en lo que precise.

—Sí, claro —Mattis mostró sus dientes en una fea mueca que ni siquiera se parecía a una sonrisa—. Pero esta dama no necesitará nunca la ayuda de un federal. Ella no es solo una buena amiga, sino un nuevo socio en un negocio importante.

—Mi nombre es Dionne Baker —habló ella con voz suave, educada, tendiendo su mano a Kent. Luego señaló al joven delgado, de expresión alegre—. Y él es mi hermano, Oscar Baker. Juntos, nos asociamos con el señor Mattis para un negocio, de ahora en adelante.

—Es un placer conocerles. Si se asocian con Mattis, han caído en buenas manos... —y su gesto y su sarcasmo no pudo escapar a la percepción de Dionne Baker, la dama de malva, que enarcó sus rubias cejas, estudiando curiosa y enigmáticamente a Kent Freemont.

—Nunca conocí antes a un agente federal —rio el joven Oscar Baker, estrechando la mano de Kent. Luego presentó a su acompañante—. Esta señorita es Nancy. Nancy Faithful.

—Hola —saludó ella, desenvuelta, sin desviar un ápice sus ojos de Kent.

—Hola —saludó él con ironía—. Encantado, señorita Faithful. Hasta su apellido es expresivo1...

Y sin añadir más, extrajo de nuevo las fotografías, que tendió en abanico.

—Imagino que ninguno de ustedes vio nunca a esta muchacha en alguna parte... —comentó, con desinterés, esperando la típica respuesta negativa de todos ellos.

Negó con la cabeza Nancy Faithful, como negara Mattis. Negó también la elegante y hermosa señorita Baker, y empezó también a negar Oscar, su hermano.

De repente, este varió su gesto risueño por uno más serio y

sorprendido, y detuvo a Kent, sujetando sus fotografías.

—¡Un momento! —casi gritó—. Sí, señor Freemont. Yo sí conozco a esa muchacha.

* * *

Kent Freemont se llevó la mayor sorpresa de la noche.

—Ha dicho... ha dicho que usted sí la conoce... —remarcó el federal, atónito—. ¿Está completamente seguro de eso, señor Baker?

—Por completo, sí —afirmó él rotundamente...

—Muy bien Espero que me pueda informar sobre eso. ¿Sabe su nombre?

—Sí. Peggy. Peggy Sebastian.

—Peggy Sebastian... Está muy seguro.

—Lo estoy.

—¿Dónde la ha visto antes de ahora?

El joven Baker, ante el asombro de todos, respondió sin una sola vacilación, con plena seguridad de lo que decía. Y Kent era el más asombrado del grupo:

—En San Diego.

—¿San Diego?

—Exactamente, sí. Lo recuerdo muy bien. Estuvimos recorriendo la ciudad una noche entera —miró a Nancy Faithful para añadir dulcemente—: Bien, cariño, pero no sientas celos. No era como tú...

—A pesar de todo, sí tengo muchos celos, mi vida —refunfuñó la Faithful con un mohín de niña traviesa, que hizo sacudir la cabeza a Kent con aire sarcástico—. Esa chica te gustó, seguro. Cuando la recuerdas tan bien...

—Deje los celos a un lado, señor Baker, y haga el favor de recordar —intervino rápido Kent, dirigiendo una mirada fría a la supuesta ingenua, que a su vez le devolvió una expresión irritada en sus ojos—. ¿En qué lugar de San Diego, exactamente, conoció usted a la joven Peggy Sebastian, suponiendo que fuese ella?

—Era ella —se obstinó Baker, sacudiendo la cabeza afirmativo.

—Bien, bien. Admitido que era ella. Usted es un buen fisonomista a lo que veo. O, como teme la dulce señorita Faithful, la joven Peggy le gustó. Pero ¿dónde se encontró con ella, qué modo tuvo de conocerla?

—Oh, usted sabe cómo son estas cosas —el joven Baker se encogió de hombros, algo cohibido por la presencia de Nancy. Tal vez era tan bobalicon, pensó Kent, que incluso se tragaba los

«celos» de la mariposilla nocturna. Añadió, con expresión reflexiva —. Si he de decirle verdad, no me acuerdo del lugar donde la conocí.

—Ya —el desencanto se apoderó de la voz de Kent Freemont.

—Pero le aseguro rotundamente que esa chica es Peggy Sebastian. ¿Qué ocurre? ¿Ha hecho algo?

—No, exactamente. Ella no hizo nada. Ni hace nada. Alguien se lo hizo a ella, señor Baker.

—¿Un... accidente?

—Sí, podemos llamarlo así. Un accidente. Trate de recordar, señor Baker. ¿Cómo fue todo?

—No sabría decírselo —rio el joven—. Había bebido bastante ese día, ¿comprende? Fui de sitio en sitio.

—¿Usted solo?

—Primero con unos amigos. Luego completamente solo. Conocí a la chica, nos juntamos los dos para continuar la noche. Recorrimos tantos lugares de San Diego: «Tropicana», «Flamingo», «California», «El Desierto», «Hollywood», «Tijuana Rancho»... Muchos. Sería imposible recordarlos todos.

—Y, naturalmente, no recordará concretamente en cuál de todos esos sitios conoció a la muchacha Sebastian.

—No, me es imposible. Algo me baila en la cabeza —y se tocó la frente para dar más énfasis a su comentario—. Pero es todo, señor Freemont. No logro localizarlo... Es posible que alguna vez lo recuerde.

—Es posible, sí. Si lo recordase, no deje de llamarme —le tendió una tarjeta—. Ahí tiene mi teléfono en la Oficina Federal de Los Ángeles y el mío privado, también en Los Ángeles. Confío en su memoria. Y procure no tardar mucho en recordar eso.

—Lo intentaré —prometió formalmente el joven, sin que Kent tuviera demasiadas ilusiones puestas en esa buena voluntad de su primer testigo.

—Bien. Creo que les molesté ya bastante —miró de reojo, con ironía, a Hamilton Mattis. Observó que la mirada de la dama de malva seguía fija en él, con una intensidad singular. Era hermosa la señorita Dionne Baker, ciertamente. Hermosa y elegante. Esto último, no era tan habitual en California como lo primero. Kent hubiera definido a la bella dama diciendo que tenía «clase». Eso decía gráficamente cómo era ella realmente.

—Sí, nos molestó bastante, amigo Freemont —sonó con sarcasmo la voz de Mattis—. ¿Vamos, Dionne?

—Enseguida, Hamilton —asintió ella. Tendió su mano a Kent

con elegancia—. Bien, señor Freemont, ha sido un placer conocerle. Lamento que yo no pueda ayudarle en el asunto de esa chica, Peggy Sebastian, que tan bien parece conocer Oscar. Y si él lo dice, puede estar usted seguro. Es un gran fisonomista mi hermano. Aunque algo olvidadizo de nombres y lugares, cuando ha tomado más copas de las necesarias. Le deseo suerte en su búsqueda.

—Gracias, señorita Baker.

—¿Vamos ya, Dionne? —insistió Mattis, irritado por el afán de su compañera de hablar con Kent Freemont.

—Enseguida, sí. Una última pregunta, señor Freemont —sus ojos chispearon. Eran dos lagos profundos, de un pardo casi verdoso. Dos lagos que atraían como simas a un viajero con vértigo—. Esa chica, en el accidente... ¿se hizo mucho daño acaso?

—Mucho —asintió Kent fríamente—. Se mató.

Hubo un silencio embarazoso. El pestañeo de Dionne coincidió con la imprecación de Oscar, que contempló estupefacto a Kent. Incluso Nancy Faithful arrugó su lindo ceño de muñequita profesional. Y en cuanto a Mattis, se mantuvo perfectamente impasible, como siempre.

—¿Cómo fue, Freemont? —se interesó roncamente Oscar.

—Alguien le cortó la yugular—. Informó brutalmente Kent—. Luego la abandonaron, desnuda, en la trastienda de un hotel de Inglewood... Con un escorpión de metal a su lado, como único recuerdo.

—¿Un escorpión? —se extrañó Dionne, perpleja su expresión.

—Eso es—. Kent se encogió de hombros, inclinando la cabeza—. Bien, señores. Disculpen si les ensombrecí un poco la fiesta. Mientras algunos nos divertimos, suelen ocurrir cosas como esta en muchas partes del país...

Se inclinó, seco y cortés, ante los hermanos Baker, Mattis y la Faithful. Luego regresó junto a la pareja formada por Lori y Donovan, que se había mantenido al margen de la escena, pero pendientes de cuanto allí se decía.

Los otros caminaron hacia la salida del «Tequila Club». Lori suspiró.

—Pobre muchacha... ¿Eso que has dicho fue cierto?

—Y bien cierto.

—Es horrible —comentó Donovan, con la indiferencia de la gente que vive muy por encima de todas esas cosas—. ¿Algún crimen pasional?

—Puede ser. O morboso. No sé aún. Hay mucho enfermo sexual por ahí suelto. Gente que tiene la cabeza podrida. Pero lo del

escorpión es lo que me preocupa.

—¿Qué es exactamente eso del escorpión, Freemont? —se interesó el millonario—. Creí que era una broma suya.

—No tiene nada de gracioso, créame. Es una figurilla. Vale unos centavos y se puede encontrar en cualquier bazar de California. Es su significado lo que me preocupa. Tiene algo de siniestro, de horrible, de enfermizo incluso. El que puso esa figurilla junto a su pobre víctima, tiene el cerebro enfermo, aunque todavía no sé con qué clase de enfermedad.

—Es un detalle macabro y repulsivo. Un escorpión... —se estremeció Lori—. Es un feo animal ese. Significa... la muerte, ¿no? Una muerte solapada, imprevista y cruel.

—No exactamente. Contra lo que muchos opinan, el escorpión no es necesariamente venenoso hasta la muerte. Tiene un veneno que inyecta al picar, pero aunque muy doloroso, rara vez es mortífero, especialmente en nuestro país. Tal vez, sin embargo, su significado en este caso sea el que tú dices: solapado, imprevisto, cruel... Como nuestro asesino, Lori.

—Horrible, ciertamente —ella inclinó la cabeza—. Te deseo suerte, Kent. Por ti... y por esa pobre chica que ha muerto.

—Lástima que nosotros no podamos ayudarle en nada —sacudió Donovan la cabeza—. Conozco a muchas chicas de clubs nocturnos, incluso de San Diego. Pero por más que me esfuerzo, no recuerdo ese rostro.

—Esperemos que Baker recuerde, aunque lo dudo mucho —suspiró Kent Freemont lentamente—. Bien, creo que también a ustedes les estropecé bastante la noche.

—Imagino que ahora se dirige a San Diego —sonrió Donovan, pensativo.

—Atinó. La noche todavía es joven —bromeó Kent, consultando su reloj—. Solo las tres y veinte de la madrugada...

—Venga con nosotros. Le llevaré hasta San Diego. Luego, Lori y yo volveremos a Los Ángeles. ¿Trajo su coche tal vez?

—No —mostró sus manos Kent—. No tengo mucha facilidad para manejar el coche, con estas manos. Me duelen; están como atrofiadas todavía.

—Entonces, vamos ya. Le llevo allí.

Kent siguió a Lori y a su amigo millonario. San Diego parecía el final de la ruta. No albergaba muchas esperanzas, pero Oscar Baker le había dado una posible pista. Si el joven estaba equivocado, la pista sería un fracaso más, pero solamente eso. Si tenía razón y su condición de buen fisonomista no le engañaba, entonces era posible

que aún encontrase el hilo suelto de aquel ovillo.

N

O había dado resultado.

Nadie conoció en San Diego a Peggy Sebastian. Y si alguien la recordó realmente de algo, no habló de ello con Freemont. Muchas veces ocurría eso. Podía haber miedo. Miedo a algo. O a alguien.

Regresó a su apartamento, fatigado y confuso. Tiró las prendas de mala gana y se acostó medio vestido, sintiendo su cuerpo más dolorido incluso que en el momento de recibir la paliza.

Se quedó dormido casi inmediatamente, cuando ya apuntaba el día por encima de las colinas de Hollywood.

Soñó con una Peggy Sebastian con antifaz y disfraz carnavalesco, acompañada por Oscar Baker y perseguida por una legión de escorpiones que, de repente, tenían todos ellos el rostro, de Hamilton Mattis.

Los escorpiones arrollaban a Baker, que caía a un abismo, caían sobre Peggy, que gritaba y gritaba... Y finalmente aparecía un enorme charco de sangre, y Peggy, desnuda, en medio de él.

Kent corría hacia ella, y los escorpiones huían, riendo. Kent nunca había oído reír a un escorpión, y la experiencia no era agradable.

Cuando llegó, Peggy estaba muerta. Y la sangre aumentaba, aumentaba, hasta tornar todo rojo alrededor. Incluso la luz era roja...

Se despertó, sobresaltado, sudoroso. Sentado en el lecho, encendió un cigarrillo, temblándole fuertemente las manos. Miró a su alrededor.

Nada. Ni Peggy, ni sangre, ni escorpiones. Estaba en su apartamento, tratando de descansar, sin mucho éxito a juzgar por la pesadilla. Se levantó y tomó dos tabletas de aspirina con agua. Luego volvió a la cama.

Esta vez durmió algo mejor. Antes de hacerlo, telefoneó a la centralita de servicio de la Oficina Federal. Encargó que diesen su informe al inspector Evans, mencionando el nombre de Peggy Sebastian y los demás datos. Tal vez la máquina del F.B.I.,

funcionando a toda presión sobre ese solo dato, pudiera dar más luz en torno a la desnuda víctima del asesino que se firmaba con un escorpión.

Esa idea le hizo dormir mejor. Mucho mejor.

Estaba ya muy alto el sol sobre Los Ángeles, cuando despertó, esta vez sin haber sufrido pesadillas, y con sus dolores bastante calmados.

* * *

Había sido el timbre. El timbre del teléfono.

Lo miró, pensativo. Se despejó cuanto pudo antes de descolgar el auricular. Al hacerlo, su voz salió áspera, ronca, casi irreconocible:

—¿Qué hay?

—Perdón —sonó una voz femenina—. Tal vez me equivoqué de número. ¿El señor Freemont?

—No se equivocó de número. Yo me equivoqué de voz —rezongó Freemont—. ¿Quién llama?

—Dionne Baker.

Trató de recordar. Conocía a alguna Dionne Baker. Alejó las últimas brumas del sueño de su cansado cerebro y se llamó estúpido interiormente.

—Sí, claro. Ya recuerdo, señorita Baker.

—Llámeme Dionne. Odio que me digan «señorita Baker».

—Bien, Dionne. Anoche nos vimos en alguna parte... En el «Tequila Club» de Santa Ana, ¿no?

—Exacto. Allí nos vimos.

—No creí haberle dado mi teléfono.

—No me lo dio —rió la voz de la dama del vestido malva—. Se lo dio a mi hermano.

—Oh, sí, a Oscar. ¿Para qué me llama?

—Se relaciona con Oscar. Y con esa chica... Peggy Sebastian.

—Ya —rápido, se sentó en la cama—. ¿Qué hay de eso? Creo recordar que usted no sabía nada de ello...

—Ni lo sé tampoco —rió nuevamente Dionne—. Pero Oscar, sí. Al fin recordó.

—¿Recordó? —casi dio un respingo.

—Cuando estuvo lo bastante bebido para recordar, lo hizo. Mi hermano es así. Eso sucedía a las seis y pico de la mañana. Se empeñó en telefonarle a usted, y nadie pudo disuadirle. Ni siquiera su amiguita Nancy Faithful, ¿la recuerda?

—Sí, claro que la recuerdo.

—Usted parece recordar siempre muy bien a todas las mujeres.

—Es mi pasatiempo favorito. Incluso a las chicas como la Faithful —gruñó Kent, con una risita áspera—. Siga, por favor. ¿Qué pasó con Oscar?

—Logró telefonarle, pero su número no respondía.

—No, a las seis aún no había vuelto de San Diego.

—¿Encontró algo?

—Nada. A esa chica solo pareció conocerla su hermano. ¿Dónde está Oscar ahora?

—Duerme. Se acostó a las ocho y media.

—Ya. ¿Y usted?

—Yo me retiré antes, Freemont. Ahora estoy fresca como una rosa. ¿Y usted?

—Fresco como un cardo del desierto. Acabemos, ¿qué pasó con Oscar? ¿Qué es lo que recordó al fin?

—¿Por qué no viene aquí y hablamos de ello, Kent? Sería mucho mejor, ¿no le parece?

—¿Dónde es «aquí»?

—Residencia Baker. Gardenia Palace, Bel-Air. No tiene pérdida.

—No tiene pérdida. Bien. Estoy ahí en veinte minutos.

Y colgó.

* * *

No necesitó ni veinte minutos. Al cuarto de hora, Gardenia Palace aparecía ante el taxi que tomó en Sunset. Bel-Air era una hermosa zona residencial de Los Ángeles. Un lugar para estrellas de cine. También para gente rica como los Baker.

Gardenia Palace era un sueño.

Un edificio colonial bellissimo, entre frondosos jardines, flores abundantes, con especialidad en gardenias hermosísimas, un estanque, una cerca de metal pintado de verde, y un aire aromático y fresco, como si el oxígeno más puro del mundo se hubiera acumulado allí.

Ella le estaba esperando.

No había mentido. Estaba fresca como una rosa. Kent se preguntó cómo diablos lo haría, acostándose a la hora que se había acostado.

Además de fresca y juvenil, estaba vestida con algo muy diferente a su sobrio y distinguido traje de noche color malva. Vestía una blusa color limón. Y «shorts». «Shorts» blancos.

Kent se quedó sin aliento. Había visto a muchas chicas con «shorts». Incluso a Lori. Esta las ganaba a todas, y empataba a

puntos con Lori.

Una cinta de colores sujetaba sus cabellos hacia atrás, dándoles el sol un tono entre dorado y cárdeno.

—Hola —saludó ella—. Buenos días, Freemont.

—Buenos días —gruñó Kent, preguntándose si las dos de la tarde era buena hora para dar los buenos días a alguien—. Precioso.

—¿Eh?

—Precioso todo. El jardín, la casa, el ambiente... y usted.

—Gracias —ella sonrió, tendiéndole una mano—. Venga. Nos acomodaremos junto a la piscina. Es un lugar agradable para charlar.

Era un lugar agradable para cualquier cosa. La piscina tenía forma oblonga, y el agua era tan puramente azul, que solo las baldosas de su fondo y alguna coloración artificial podían darle aquel tono de ensueño.

Senderillos de baldosines de color rodeaban la piscina. Había asientos cómodos, oscilantes, parasoles de brillante colorido y mesas con flores en búcaros de arcilla dorada. Al fondo, como un forillo digno de una película musical, el edificio, con su porche, su claro rodeado de flores y césped, y el ancho sendero de grava dorada que conducía a la casa.

—Esto es como soñar —comentó Kent, sentándose indolente en un asiento, junto a ella.

—Es bastante aburrido, cuando se puede disfrutar a diario —rechazó ella—. A veces, las cosas más hermosas cansan. No lo entenderá, pero...

—Sí, lo entiendo.

—Entonces, sobran explicaciones —agitó una campanilla de plata, y Kent vio aparecer, como por arte de magia aparecen los geniecillos de las lámparas, a un criado filipino, de chaquetilla blanca y rostro hermético, aceitunado, por el sendero de la casa. Se preguntó si habría brotado del suelo. Ella le inquirió qué iba a tomar. Kent sacudió la cabeza.

—Habitualmente, no tomo nada cuando trabajo —habló—. Pero tratándose de usted, tomaré un zumo de naranja.

—¿Solo eso?

—Solo eso.

Encargó el zumo y un batido de frutas para ella. Ninguno de los dos parecía en condiciones de afrontar ninguna bebida alcohólica, pensó Kent divertido.

—Bien... —Freemont estudió a su interlocutora, mientras esta se cruzaba de piernas y el «short» se hacía más corto aún sobre los

muslos de bronce—. Ahora, hablemos de lo que me dijo por teléfono.

—¿Tanta prisa tiene? —se desilusionó ella.

—Mucha. Urge identificar a esa chica. Urge mucho. Cuanto antes lo logremos, antes puede ser aprehendido el criminal. Gente como esa son siempre un peligro latente para cualquier mujer, cuando andan sueltos.

—¿Para cualquier mujer? ¿Incluso para mí?

—Los maníacos no paran en discriminaciones sociales. Matan a cualquier mujer hermosa.

—Gracias. Me ha llamado hermosa, Freemont.

—No tiene que darme las gracias. Su espejo se lo dirá cada día.

—Es usted un hombre de exquisita galantería, para ser policía.

—Los policías somos hombres —repuso Kent, algo seco—. Estudiamos también, aparte de tener una credencial y un arma.

—Oh, sí, creo que los federales han de tener previamente una carrera...

—No necesariamente. Yo no la tengo. Pero me gradué e iba a estudiar Leyes. No me gustaba, y elegí esto.

—¿Se arrepiente?

—No. Me gusta ser lo que soy. Hago a gusto mi trabajo.

—Es un duro trabajo. E ingrato.

—Sí, es duro. Pero no ingrato. La mejor compensación es ver a un delincuente reducido a la impotencia.

—Sí, ya veo que tiene espíritu de policía —suspiró ella.

—Por eso estoy aquí ahora. Usted me dijo que viniera. Oscar recordó algo...

—Ya echó a perder sus buenas palabras de antes. Ha venido solo por lo de Oscar, no por mí.

—Estoy trabajando, Dionne. No puedo pensar en mujeres hermosas, sino en mi trabajo. Y en la única chica hermosa que me es dado pensar, es esa pobre Peggy Sebastian...

—Le comprendo —por primera vez, Dionne no pareció superficial. Su alta, elástica y armoniosa figura se rebulló en el asiento de mimbre. Era una agitación inquietante. Ella proseguía ya —: Oscar bebió mucho anoche. No hay quien le despierte ni a cañonazos. Por eso preferí llamarle yo. Tomé su tarjeta y le telefoneé.

—Hizo bien. Ya le dije que esto corre prisa.

—¿Cree realmente que se trata de un sádico, de un maníaco sexual o algo así?

—Puede serlo, sí. Ese escorpión lo confunde todo, pero acaso

sea esa la idea del criminal. Las mentes enfermas tienen cosas muy raras.

—¿No podría ser otra cosa? Robo, venganza, celos, pasión...

—Puede ser cualquier cosa, sí. Lo del maníaco es solo una teoría, una suposición. Apenas sabemos nada de esa chica ni de las circunstancias del crimen. No podemos afirmar nada en concreto. Hay que basarse en suposiciones. De cada diez casos de chicas bonitas muertas violentamente, cuyos cuerpos aparecen a medio vestir o sin nada encima, nueve son problemas de sexo. Puede que este sea el décimo caso, la excepción que confirma la regla. Hay que andar todavía mucho para llegar a alguna conclusión.

—Kent, Oscar no sabe fijo dónde halló a la chica.

—Oh, no.

—... Pero cree que fue entre tres locales de San Diego. Uno de los tres, necesariamente.

—Bien. ¿Cuáles son esos tres locales, Dionne?

Ella dejó que el camarero filipino sirviera silenciosamente las bebidas. Probó su batido, y Kent paladeó el fresco zumo de naranja, empezando a sentirse mejor.

—El «Tropicana»...

—Estuve allí. No la recuerda nadie.

—Y otros dos que están más al sur de San Diego, en las afueras, cerca de la ruta hacia la frontera mejicana.

—No llegué hasta ahí —se sorprendió Kent—. ¿Cuáles son esos locales?

—El «Cactus»... y otro nuevo, abierto hace unos meses. El «Zodiac».

—«Cactus»... y «Zodiac» —repitió Kent, pensativo—. Bien. Probaré en los dos. Gracias por el informe, Dionne.

—Oh, no es cosa mía. Oscar lo recordó. No tiene dudas. Fue en uno de esos tres sitios, sin lugar a dudas. Lamenta no recordar cuál exactamente. Puede que cuando coja otra borrachera mayor, lo recuerde mucho mejor, Freemont.

—Seguro. Solo espero que, para entonces, ya no sea preciso contar con su informe.

Apuró el zumo de naranja con avidez. Ella saboreaba lentamente su batido, mirándole pensativa, curiosamente, con una sombra de sonrisa bailando en sus labios rojos, suavemente carnosos y bien dibujados.

—¿Ya se va a marchar? —preguntó con voz sedosa.

—Sí, todo esto urge mucho. Debo ir a San Diego otra vez.

—¿Le acompaño?

—¿Qué haría usted allí? —rechazó Kent, arrugando el ceño—. No es policía.

—Tal vez me hubiera gustado serlo, no lo sé. Me fascinan los misterios.

—En las novelas y en la televisión quedan bien. En la vida real son fastidiosos y terriblemente feos.

—De todos modos, me gustaría ir con usted. Conozco a gente en San Diego. Gente influyente. Puedo serle útil.

—Está bien. Creo que, de cualquier modo, usted vendrá conmigo, me guste o no —masculló Kent—. ¿Va a venir así?

—No —ella palmeó suavemente sus piernas—. Pero tardo poco. Solo aplicarme una falda desmontable. Cosa de un minuto. ¿Le llevo en mi coche, o trajo el suyo?

—Mis manos no responden bien aún al volante —las mostró Kent—. Es mejor que use taxis.

—Esta vez, no. Le llevaré yo hasta allá —se incorporó de un salto, risueña. Era como una niña que descubre un nuevo, fascinante y alegre juego. El juego del misterio y del crimen, en este caso. No sabía ella lo feo que podía llegar a ser todo eso. Vivía en un mundo demasiado dorado y aséptico para entenderlo. Posiblemente ahora, acompañánle en aquellas pesquisas, llegase a darse más cuenta de eso.

Se perdió un instante, en una cabina de duchas, inmediata a la piscina. Tardó justamente un par de minutos en reaparecer, con una falda juvenil, de pliegues, color tostado. Calzaba unas sandalias amarillas, muy atractivas, con el suficiente tacón para realzar la gracia de sus piernas.

—Vamos ya —dijo alegremente—. Tengo el coche allá afuera, en el sendero del garaje...

Corrió como una muchacha adolescente, y Kent la siguió a zancadas. Cuando se detuvieron, Kent, estudió admirado la línea aerodinámica y suntuosa del coche «Pontiac» rojo que ella tenía allí parado.

—Bueno, al menos iremos cómodos a San Diego —comentó con ironía.

Subió junto a ella, que tomó el volante. Dionne, riendo, se volvió a él.

—Voy a conocer nuevas y fascinantes experiencias, estoy segura —dijo con banalidad, brillándole en los ojos el entusiasmo—. Sabía que sería mi día de suerte. ¿Cree usted en el horóscopo?

—Diablos, no. No creo en absoluto en esas cosas.

—Yo, sí. Leí algo sobre mi día. Soy de Sagitario, ¿sabe? Dice que

hoy viviré algo nuevo y emocionante...

—Sagitario... —de repente, Kent arrugó el ceño. Se irguió violentamente en el asiento—. ¡Eso es!

—¿Eh? —ella le miró, perpleja—. ¿Qué ocurre, Kent? ¿Ha visto algo?

—Lo que usted dijo... Sagitario, el horóscopo...

—No entiendo.

—Habló de dos locales. «Cactus» y «Zodiac».

—Sí, pero no veo a qué conduce todo eso...

—Dionne, ¿no entiende? «Zodiac»... Zodiaco, el horóscopo... ¡Escorpión es una de las constelaciones zodiacales, lo mismo que Sagitario, Leo, Aries o cualquier otra!

—Cielos, no había pensado en eso...

—Tampoco yo. Dionne, ponga esto inmediatamente en marcha. ¡Y directos al «Zodiac», en primer lugar!

M

ÁS abajo de San Diego. Casi en los arrabales de National City, en la carretera general a Tijuana, Méjico.

Allí estaba.

«Zodiac». Él nombre aparecía enmarcado en toda una serie de signos zodiacales, que por la noche se iluminaban y parpadeaban en diversos colores, según explicó su cicerone particular, Dionne Baker.

Kent solo prestó particular atención a uno de aquellos signos en fluorescente, apagado a la luz soleada del día californiano: el escorpión. El octavo signo del Zodíaco.

Dionne detuvo su coche frente a la larga valla de seto bien recortado que formaba el acceso al club nocturno. Este se hallaba en el centro de unos amplios jardines con pequeños estanques y toldillos, dispuestos para fiestas y baile al aire libre. De noche debía ofrecer todo aquello un hermoso aspecto, pero ahora parecía dormitar al sol, perezosamente.

No se veía a nadie por ninguna parte. Sillas y mesas vacías circundaban los pequeños estanques.

Se movieron hacia el edificio central, todo encristalado. Una puerta conducía al interior del club. Encima, el nombre de «Zodiac» aparecía sobre un fondo de constelaciones fulgurantes, de plateado metal, y un cielo azul que, sin duda, se iluminaría en la noche, dando un aire casi cabalístico al acceso al club.

Empujaron la puerta. Cedió sin esfuerzo. Se hallaron en un alfombrado corredor, de muros de espejo, con signos del Zodíaco por doquier. Al fondo, una escalerilla descendía a la pista y locales del club.

Seguían sin ver a nadie, y de ese modo llegaron al centro de la sala. También allí se hacinaban sillas y mesas, como una selva desnuda y callada. En la pista, una mujer sacaba brillo al suelo espejeante, frotando con fuerza. En una larga barra, un *barman* también se esforzaba en dar brillo a vasos y copas.

—Señorita Baker... —el *barman* dejó de limpiar vajilla, para mirar respetuoso a la joven—. ¿Usted por aquí... y a estas horas?

—Sí, Joe —sonrió ella—. He cambiado de hábitos. Ahora me hice pájaro diurno. Te presento a un amigo, el señor Freemont. Trátalo como si fuera yo misma.

—Desde luego, señorita Baker —se apresuró a asentir el *barman*.

—Me gustaría hablar con alguien de este local —dijo Kent—. El encargado, el dueño o cualquiera así, Joe.

—Entiendo, señor. El propietario, el señor Aaker Lyman, no está ahora. Pero puede hablar con Ankrum Starr, nuestro gerente y encargado del club. Él le atenderá igual que si fuese el señor Lyman.

—Muy bien. ¿Dónde puedo encontrar al señor Starr?

—Atrás, en el santuario.

—¿Dónde? —indagó Kent, creyendo haber oído mal.

—El santuario —sonrió Joe—. Lo entenderá cuando llegue allí. ¿Usted lo conoce acaso, señorita Baker?

—No. ¿Dónde está eso?

—Es un lugar cerrado a los clientes no habituales. Cruce la pista y tome por la puerta que cubre aquella cortina roja del lateral derecho. Encontrará un corredor y una escalera. Al final tiene el santuario. El señor Starr está allí.

Emprendieron la marcha, tras dar las gracias. Kent observaba, de soslayo, la profusión de motivos astrológicos del recinto. Llamándose «Zodiac», eso estaba justificado, pero aun así le daba la impresión de que se les había ido un poco la mano en la alusión. Eran demasiados signos zodiacales, demasiados astros y simbolismos.

Cuando vio «el santuario», todo eso quedó pálido.

Aquello era delirante. Increíble.

Se trataba de una vasta nave con un cúpula altísima, totalmente pintada de azul intenso, y con el círculo zodiacal y sus doce signos en el techo. Abajo, en el suelo de baldosas deslumbrantes de reflejo, todas ellas negras, un círculo rojo, inmenso, con el Zodíaco en su centro y sus doce símbolos inevitables formando un óvalo en órbita en torno al planeta Tierra.

En ese centro, postrado, como orando, extendidos sus brazos, enfundado en un amplio kimono o bata de seda negra con los repetidos e irritantes signos zodiacales en plata, estaba un hombre.

Un hombre en actitud de unción, de postración religiosa. Extrañamente solo en medio del hueco recinto, donde las pisadas de las sandalias de Dionne sonaron como pistoletazos.

Kent le vio alzar la cabeza. La perplejidad se reflejó en el rostro ascético, moreno, cobrizo, levemente rugoso pero con una belleza masculina poco viril, algo a lo «gigoló», bajo el cabello

sorprendentemente espeso y blanco, peinado de forma cuidadosa. Unos grandes ojos oscuros, brillantes y fanatizados, les contemplaron desde la faz del hombre.

—¿Quién viene a interrumpir mi meditación? —preguntó—. ¿Algún iniciado que desea adorar a los astros, o un nuevo adepto que quiere conocer los secretos eternos del Universo simbólico y fatalista que domina y rige nuestros destinos miserables sobre el suelo terreno?

Aquel hombre tenía una voz profunda, de graves y dramáticas inflexiones. Kent se dijo que hubiera podido ser un buen actor. Acaso era un buen actor. Aquello no parecía precisamente muy serio, pese al énfasis puesto por el individuo.

—Soy yo, Dionne Baker —respondió ella sencillamente.

—¡Señorita Baker! —el hombre se incorporó de un salto y tendió sus brazos a la joven millonaria—. Qué grata sorpresa. En mi santuario, y a estas horas de meditación y reposo espiritual...

—No he venido a compartir con usted su oración astrológica, Starr —sonrió Dionne—. Le traigo a un amigo, el señor Freemont.

—Oh, entiendo —miró a Kent como a algo maravilloso e inesperado—. Un alumno, un creyente que desea conocer los secretos sublimes de la ciencia de los astros y de...

—No, señor Starr —negó el federal con cierta brusquedad—. No me interesan mucho los astros. No todos, especialmente.

—Oh, ya veo... —su gesto se hizo desdeñoso, su mirada irritada—. Un escéptico, un incrédulo que desconoce la voluntad del destino sobre su camino en la vida...

—Desconozco muchas cosas, señor Starr. Entre ellas, esto. ¿Quién es esta chica?

Le tendió abruptamente las fotografías. Ankrum Starr las miró, despectivo. Pero inmediatamente se irguió, con cierta sorpresa. Desconfiado, alzó sus grandes y brillantes ojos hacia Kent.

—¿Por qué quiere saber algo sobre esa joven? —se interesó.

Dionne tomó la palabra, en su afán por ayudarle.

—Es importante el asunto, Starr. Si conoce a la chica, le ruego que ayude a mi amigo.

—Gracias por su apoyo, Dionne —sonrió Kent—. Escuche, Starr. Soy agente federal. No me preocupo por el Zodíaco, sino por las personas que sufren el ataque criminal de alguien. Este es el caso. ¿Qué me dice sobre la muchacha?

—Bien, yo... —se encorvó ligeramente y perdió solemnidad. Incluso la bata astrológica pareció un disfraz grotesco—. Esa muchacha es Peggy. Peggy Sebastian.

—Creía saber eso —asintió Kent—. ¿Quién era Peggy Sebastian?

—¿Era? —Starr le contempló vivamente—. ¿Por qué se expresó así?

—Ella ya no vive. La mataron, Starr.

—Cielos... —juntó sus manos en actitud oratoria—. Astros amados, que la eternidad sea dulce y amable para ella...

—Será más dulce y amable sí, allí donde esté ella, sabe que su asesino pagó lo que hizo —le recordó Kent—. Starr, ¿qué hay sobre la muchacha? ¿Quién era ella exactamente?

—Bien, Peggy... trabajaba para nosotros.

—¿En el club?

—Por supuesto. Era una muchacha desconocida. A mi club no le gusta coger a las que recorren todos los locales nocturnos. La gente se desentiende pronto de las caras demasiado conocidas. Por eso elegimos siempre muchachas que se inician en el trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Camareras. Visten un bonito uniforme, falda corta, mallas negras, alto tacón, y sirven en las mesas. Luego, si se tercia, alternan con los buenos clientes. Lo habitual.

—Ya. ¿Peggy llevaba mucho tiempo aquí?

—No, muy poco. Fue Lyman, mi jefe, quien la contrató.

—¿Sabe de dónde venía?

—Oh, de cualquier parte. De cualquier pequeño lugar provinciano. California está lleno de chicas así. Vienen en busca de gloria y fortuna en el cine o en la televisión. Y terminan aceptando cualquier cosa para no morir de hambre por las calles.

—Conozco el drama. ¿Qué tiempo estuvo en «Zodiac» ella?

—No sé exactamente. No más de un par de semanas...

—Sí, entiendo. Era poco, ciertamente... Starr, ¿su jefe conocía a la chica cuando la contrató?

—¿Lyman? No, no creo. Examina a las que piden trabajo o nos envían una agencia, y las coloca o las rechaza. Es todo. Lyman no quiere líos con chicas. Y menos con las que trabajan para él.

—¿Cuándo dejó de ver a Peggy Sebastian?

—No sabría decírselo. Creo que pidió un permiso de unos días a Lyman, o cosa parecida. Bien, acaso no fue a Lyman, sino a Sonja.

—¿Sonja?

—Es nuestra sacerdotisa de la Gran Astrología —comentó con unción él, inclinándose reverente—. Sonja Lindstrom. Una gran mujer, inteligente y clarividente en los problemas del espacio y de los astros, señor Freemont.

—¿Dónde está ella ahora?

—No tardará en venir. Es ella quien dirige los espectáculos y «shows» del local, y quién se ocupa realmente del personal. Maravillosa Sonja, auténtica conexión espiritual con los poderes astrales...

Kent sacudió la cabeza, mirando a Dionne, que se esforzaba por contener su risa. Luego, la voz del federal sonó algo dura:

—Olvide por un momento a sus astros, Starr. ¿Es habitual pedir permiso de unos días para ausentarse, estando aquí tan corto tiempo?

—No sé. No puedo saberlo, señor Freemont. Le repito que Sonja es quien se ocupa de todo eso —inclinóse, volviendo a su posición de rodillas en medio del círculo astral—. Mis astros me requieren. Debo meditar. Disculpe, señor Freemont. Si quiere hablar conmigo, vuelva más tarde. Debo concentrarme en la diaria meditación, para no perder el favor supremo de los astros que rigen el Universo...

Su cabeza de blanca melena se inclinó, hundida en el torso. Abrió sus brazos en cruz. Dionne fue a decir algo, pero Kent se apresuró a tomarla por un brazo, hizo un gesto negativo, y salieron de allí presurosos.

—Ese Starr... Nunca creí que estuviera tan chiflado —comentó ella—. Por la noche, en el club, se comporta más normalmente...

—Interrumpimos su hora de meditación —se burló Kent—. Es natural que le viera usted en una dimensión diferente. Era el astrólogo, no el empleado de un local.

—¿Cree que todo eso es cierto, que realmente piensa así Ankrum Starr?

—¿Sobre los astros y el Zodíaco? No sé, no tengo la menor idea. Puede ser un fanático o un gran farsante. Es difícil hallar la divisoria entre esos dos extremos, por regla general. ¿Conoce a la tal Sonja Lindstrom?

—Sí. Es una sueca fuerte y maciza como una luchadora de grecorromana —rio Dionne—. Es bien parecida, pero dura como el granito. Poco femenina. Regenta el aspecto artístico de este club. Y el personal, por lo que parece. A veces está por las noches. No me cae bien.

—¿Y Lyman?

—Aaker Lyman. El dueño de todo esto. Parece tener dinero. O tal vez, como dicen muchos, sea que tiene algún socio capitalista. El hecho es que es importante en San Diego.

—¿Astrólogo también?

—No, que yo sepa —rio ella—. Tiene un «hobby». La fotografía artística. Desnudos y todo eso, ya sabe.

—¿Femeninos?

—Por supuesto. Hace exposiciones.

—¿Y sus modelos?

—No sé. Rara vez se ve su rostro. Quedan en sombra. Muy artístico todo. Puede que contrate chicas. O que elija a las de su propio club, no sé.

—Habrá que averiguar eso. Me gustará hablar con Sonja Lindstrom y con Aaker Lyman.

—Pues ahí tiene el cincuenta por ciento sus deseos cumplidos. Esa que cruza ahora la pista es Sonja Lindstrom.

* * *

La «sacerdotisa» de los astros dejó perplejo a Kent.

Dionne tuvo razón, como le ocurría casi siempre. Era alta, aunque no demasiado. Pero su figura era digna de una campeona olímpica de atletismo. Fuerte, musculosa, maciza, de formas agresivas, aunque escaso torso, pelo de un rubio casi blanco, liso y sin brillo, y rostro grande, nada feo, de ojos azules, boca grande y nariz breve.

Vestía un pantalón ajustado, de pana azul, y una blusa similar a las que utilizan los luchadores de «judo», pero en vez de lisa, estampada con signos zodiacales.

Kent la miró, pensativo. Se adelantó, cruzándose ante ella. Los azules ojos de la nórdica le contemplaron con escasa simpatía. Vio a Dionne de soslayo, e inclinó ligeramente la cabeza, en señal de saludo.

—¿Desea algo, señor? —preguntó, con un inglés incisivo.

—Sí, señorita Lindstrom. Mi nombre es Kent. Kent Freemont, del F.B.I. ¿Le dice algo el nombre de «Escorpión»?

—Escorpión... Octavo signo zodiacal. Su influjo es sobre los nacidos del veintitrés de octubre al veintiuno de noviembre...

—Sí. También es un arácnido venenoso —contestó Kent—. Pero no me refería a eso, sino a un «escorpión» que asesina.

—No le entiendo, señor.

—Mató a Peggy. A Peggy Sebastian, en Inglewood.

Los ojos azules chispearon. Se agitó el corpachón de la mujer nórdica, con una leve sacudida emocional.

—¿Peggy Sebastian? —preguntó roncamente—. ¿Qué es lo que dice?

—La verdad. La degollaron. Alguien dejó un escorpión a su lado...

—Un escorpión... Eso no tiene sentido, señor.

—Posiblemente no. Es lo que trato de indagar. A ustedes les gustan mucho los signos del Zodíaco. A Starr, a usted...

—¿Qué tiene eso que ver? —replicó ella fríamente—. ¿Va a acusarnos de algo?

—No, en absoluto. Solo que Peggy trabajaba aquí.

—Sí. Estuvo cosa de un par de semanas. Estaba ahora de permiso. Me asombra su noticia sobre ella.

—¿Por qué le dio permiso?

—Tenía que ver a un familiar enfermo en Los Ángeles. Me lo pidió insistentemente, y se lo concedí. No es norma habitual en la casa autorizar ausencias prolongadas a las empleadas.

—¿Conoce usted la dirección de los parientes de Peggy en Los Ángeles?

—Ni eso, ni ninguna otra cosa. Ella procedía de Indiana, según creo. Ni siquiera había mencionado antes a los parientes. No, no puedo ayudarle.

—¿Qué tal era Peggy en el trabajo?

—Normal. Se comportaba bien. Era seria, bonita, y gustaba a los hombres. Nada especial, como ve.

—Sí, nada especial. Solo el fin ha sido diferente. Señorita Lindstrom, ¿usted contrató personalmente a esa muchacha?

—Yo, de acuerdo con mi jefe, el señor Lyman. Nadie es contratado sin su aprobación.

—Entiendo. ¿Ella se presentó aquí a pedir trabajo tal vez?

—Exactamente. Había visitado a varios agentes artísticos de Hollywood, y a agencias de empleos en San Diego. Estaba desilusionada, cuando se presentó aquí y tuvo suerte de ser aceptada.

—Suerte... No sé si se le podría llamar así.

—Señor Freemont, usted parece relacionarnos en algo con la muerte de esa chica —se irritó Sonja Lindstrom—. Eso es un disparate.

—Tal vez lo sea. Solo estoy relacionando un escorpión... con el Zodíaco, señorita sacerdotisa de los astros. Buenos días, y gracias.

Tomó del brazo a Dionne y salieron ambos del club. Atrás, pensativa y hondamente preocupada, quedó la rubia, dura y atlética Sonja Lindstrom, mucho más ensombrecido y grave su rostro de lo que aparecía al cruzarse con ellos en la pista del club.

* * *

—Bien... —musitó Dionne, ya en el exterior—. ¿Y ahora?

—Ahora, voy a telefonear a mi jefe en Los Ángeles —se

encaminó a una cabina pública, inmediata a los setos que circundaban el «Zodiac»—. Al menos, tengo algo que relatarle...

Entró, dejando fuera a Dionne, que encendió un cigarrillo, paseando pensativa. Kent telefoneó a Los Ángeles. Cuando obtuvo comunicación con el número del F.B.I. en la ciudad, pidió por Evans.

—Espera, Kent —sonó la voz de Martin—. Se pone enseguida. Estamos arruinándote tu fin de semana, ¿no es cierto?

—Está ya totalmente arruinado, malditos seáis todos.

Martin rio, y se oyó la conexión con el despacho del inspector Clifford Evans.

La voz inconfundible de su jefe sonó en el auricular:

—Kent, muchacho... ¿Algo nuevo?

—Mucho. Pero no suficiente—. Kent empezó a soltar información. Cuando terminó, añadió una coletilla—: Cómo ve, una pista sobre la chica. Posiblemente sobre «Escorpión». Pero nada claro. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

—Estudiaremos eso y... Un momento, Kent. Lllaman por el teléfono de la línea urgente. Seguiré ahora con usted.

Esperó Kent, mientras oía rumores de la conversación de su jefe por otro teléfono. Sonrió a Dionne a través del cristal de la cabina. La contempló, mientras ella paseaba bajo el sol. Tenía una figura maravillosa. Le hubiera gustado que no fuese millonaria. Al menos, no tan millonaria. Eso la ponía a distancia sideral de él y de su ambiente. Y la chica merecía la pena tenerla cerca. Muy cerca.

—Kent...

—¿Sí? —rápido, atendió a la voz de su jefe—. Estoy aquí. Le decía que...

—Espere, Kent. Hubo noticias por el teléfono urgente. Noticias sobre «Escorpión».

—Diablo, ¿de veras? —notó que la voz de su jefe sonaba preocupada, extraña—. ¿Algo bueno?

—Algo pésimo. Ha matado otra vez.

—¿Qué?

—Una chica, en Pasadena. Degollada igualmente. Y sin ropas encima.

—Y...

—Y con las falanges de sus dedos mutiladas, sí. Y con la tarjeta y el escorpión de metal...

SEGUNDA PARTE

T

IRARON la sábana encima. El cuerpo femenino, turgente y armonioso, se siluetó bajo el paño blanco. Inmóvil. Tristemente inmóvil.

Kent paseó con la cabeza baja, hundidas las manos en sus bolsillos. Contempló, sobre el asiento del coche policial, la figurilla de metal y la firma en la tarjeta blanca: «ESCORPIÓN».

—Es para volverse loco —comentó.

A su lado, el inspector Evans sacudió también su cabeza con aire triste, sombrío.

—Parece confirmarse la manía homicida, acaso sexual... —aventuró.

Kent se encogió de hombros, escéptico.

—Ni siquiera podemos estar seguros de eso, señor —manifestó roncamente.

—¿No cree que sea esa la explicación más lógica y sencilla a todo esto? —se sorprendió el inspector, levantando hacia él su mirada.

—No hay nada lógico ni sencillo en este asunto. Primero matan a una chica en Inglewood, luego a otra en Pasadena... Y ambas en igual forma, con idéntica técnica. Y con la misma firma: «Escorpión».

—¿Ve otra posible explicación a todo eso?

—No, no la veo. Puede ser un maniaco, como usted dice. Conozco a dos maniacos de los astros, del Zodíaco y todo eso: Ankrum Starr y Sonja Lindstrom.

—¿Alguno de ellos pudo...?

—Pudo, sí. Su fanatismo puede ser enfermizo, homicida, no sé. Ese escorpión es el único nexo con el «Zodiac» y su extraña gente. Eso, y la chica, Peggy. Ahora, tenemos otra chica. No sabemos quién es. Ni de dónde viene.

—¿Cómo va a ponerlo en claro esta vez?

—¿Yo? —Kent miró a su jefe, sobresaltado—. Eh, inspector, escuche. Usted me dijo que sería solamente un día, y que luego...

—Kent, el hecho se ha repetido. Usted inició el asunto —le recordó Evans amargamente—. ¿Va a dejarlo ahora, cuando más falta nos hace? Le daré luego dos semanas, un mes de permiso si lo desea, pero esta vez ayúdenos, siga adelante, se lo ruego...

—Jamás me dará permiso alguno, como ocurre siempre —se quejó Kent, irritado—. Pero usted tiene razón. He empezado esto. Siento odio hacia alguien. Hacia la persona capaz de matar a esas pobres chicas, y dejar encima una firma repugnante junto a los cadáveres... Sí, inspector. Seguiré adelante.

—Sabía que lo haría, Kent —le palmeó Evans, radiante—. ¿Qué piensa hacer para averiguar quién era ella esta vez?

—Lo mismo de la otra vez, señor...

* * *

—No, Freemont, lo siento. Esta vez, no. No tengo la menor idea de quién pueda ser ella...

—Lo suponía. Hubiera sido demasiada suerte, Baker. Gracias de todos modos —guardó las fotografías de la víctima número dos, y se quedó mirando a la pista, donde bailaban unas muchachas con bastante gracia y con muy poca ropa.

Oscar Baker inclinó la cabeza sobre la mesa, como si le disgustara no poder ser útil esta vez.

—¿Qué piensa hacer ahora para saber el nombre de la chica? —se interesó.

—Preguntar a otros. Es lo de siempre.

—Resulta horrible lo que me ha contado, Freemont —se estremeció el hermano de Dionne—. Pensar que han degollado a dos pobres muchachas indefensas... Peggy era una buena chica. Se ganaba la vida aquí y en otros clubs, pero con cierta decencia...

—Sí, Baker. Lo imagino fácilmente. El asesino mataría igual a una santa, si sus motivos son ajenos a la condición de la mujer.

Dionne regresaba ya del tocador. Estaba radiante con su traje de noche. No era color malva esta vez, sino rojo. Rojo oscuro. Como la sangre, como la pasión. Era singular el efecto que ese rojo daba a sus curvas, a su figura arrogante y llamativa.

—Veo que no dio resultado —comentó, mirando a ambos—. Oscar no la conoce...

—No, no la conoce —convino Kent, mientras la camarera del «Zodiac», una muchacha pelirroja, de breve falda de raso sobre sus muslos enfundados en negra malla, servía una copa de brandy al recién llegado joven—. En ese punto, estamos peor que con Peggy. Dios quiera que resulte lo demás.

—¿Lo demás?

—Starr, la Lindstrom... y Lyman. Si la chica trabajó también aquí, la conocerán sin duda alguna.

—¿Cree que también se relaciona con este local?

—No sé, Dionne. El «Zodiac» es mi única pista. Acaso resulte... ¿Bailamos?

—Sí, bailemos...

Salieron a la pista. Era una sensación maravillosa tener en los brazos a una mujer como Dionne. Palpitaba su cuerpo espléndido, ceñido al suyo, en un abrazo intenso. Tenían los rostros muy cerca. Se miraban a los ojos.

—Kent, ¿siempre actúa como un policía? —preguntó de repente ella.

—¿Por qué dice eso?

—No sé... Su modo de obrar siempre es mecánico, duro, fijándose únicamente en su tarea. Como si los demás no existieran. Como si nosotros no existiéramos, los que estamos cerca de usted.

—No es eso, Dionne. Es que me absorbe mi trabajo, mi afán de llegar cuanto antes al fondo de este asunto. Créame que no dejo de ver cuanto de agradable hay cerca de mí. Como usted...

—Yo... ¿Le parezco realmente agradable?

—Sin duda alguna, Dionne.

—¿No le molesta mi curiosidad, mi afán de acompañarle a todas partes?

—Me está ayudando mucho, no diga eso.

—Si no le fuera útil... no estaría tan a gusto conmigo, ¿verdad?

—Sería muy hermoso tenerla al lado... sin Peggy Sebastian, el escorpión y todo lo demás...

—¿De veras, Kent? ¿Le gustaría entonces tenerme cerca de usted?

—Sí, me gustaría.

—¿Le gustaría tenerme a su lado... cuando esto termine?

—Sin duda, Dionne.

Estaban más cerca aún. De repente, sus labios se unieron. Un largo beso fundió sus bocas, sin dejar de danzar entretanto, sujetos al hechizo de la música bailable, suave, distante.

—Los astros me predijeron esto apenas me visitaron. Están hechos el uno para el otro...

Se despegaron sus labios, con sobresalto. Una pesada mano había caído sobre el hombro de Kent, y alguien reía a su lado. Se volvieron.

Era Starr. Ankrum Starr, el astrólogo. Con un «smoking» negro

impecable, y un emblema en la solapa. A Kent no le sorprendió descubrir allí el signo de Capricornio en plata.

—Oh, usted... —Kent se desprendió de brazos de Dionne, y ella pareció sofocada—. Le buscaba, Starr.

—¿A mí? Creí que le interesaba hablar con mi jefe, el señor Lyman.

—Sí, también con él.

—Bien, vamos allá. Puede matar dos pájaros de un tiro —señaló a la barra—. Está allá, ¿le ve? Es el que habla con Sonja Lindstrom...

—Ya veo. Entonces, mataré tres pájaros de un tiro. Vamos.

Avanzó a través de la pista. Dejó a Dionne en la mesa y caminó directamente hacia donde el hombre alto, enjuto, de cráneo totalmente rapado, como el de Yul Brinner, el actor cinematográfico, charlaba con Sonja Lindstrom. A pesar de su cabeza brillante como una bola de marfil, era distinguido y bien parecido además. De finas facciones, ojos estrechos y fríos, sonrisa flotante en sus labios carnosos y una figura de cierta elegancia, dentro de su «smoking» gris oscuro.

—Lyman, el caballero de quién te hablé —informó vivamente Starr— Se llama Kent Freemont, y es federal.

—Encantado, señor Freemont, aunque sea usted policía —sonrió malicioso el hombre del cráneo pelado, estrechando su mano. Fumaba cigarrillos largos, con boquilla de plata—. Mi amigo Starr me dijo que deseaba usted verme...

—Esta mañana, solo a usted. Ahora, a los tres.

—¿Los tres? —arrugó su rubio ceño la nórdica atleta—. Creí que habíamos hablado ya sobradamente de Peggy Sebastian.

—Sí, es cierto. Hablaremos de otra persona en esta ocasión.

—¿Otra persona? Temo no entenderle, señor Freemont —habló la suave voz de Aaker Lyman, el propietario del «Zodiac».

—Señor Lyman, sabrá ya que Peggy Sebastian, una empleada suya, fue degollada en Inglewood.

—Sí, me lo contó Starr. Fue horrible. Pobre muchacha...

—No es ella sola. Han matado a otra más.

—¿Otra? —se horrorizó Starr.

Kent extrajo las fotografías. Las plantó ante los ojos de los tres, enérgicamente, sin desviar su mirada de ellos, captando el más leve rictus de su gesto, la menor alteración en sus rostros.

Los tres miraron con asombro hacia las fotografías. El calvo Lyman siguió impasible, incluso con la misma estereotipada sonrisa fija en su faz. Sonia Lindstrom se echó levemente atrás. Starr se

limitó a murmurar:

—Una chica muy bonita...

—Una fotografía horrible —criticó Lyman.

—No es de las que usted hace en su estudio, desde luego —dijo secamente Kent—. A los muertos no se les fotografía demasiado bien. ¿La conocen?

—No —negó vivamente Lyman.

—Yo tampoco —convino Starr rápidamente.

Sonja Lindstrom habló de distinto modo.

—Yo sí la conozco —dijo.

* * *

—Su nombre era Eunice. Eunice Brent. Véala ahí.

Mostró la fotografía. Era mucho mejor que la de la Morgue. Entonces, Eunice estaba viva. Vestía poca ropa, tenía una figura llamativa, juventud y «sexy». Un buen conjunto de virtudes para fotos como aquella.

Debajo, sobre una tira de papel, alguien había escrito a máquina:

«Eunice Brent. 23 años. Nacida en Iowa. Experiencia como modelo para calendarios y fotografías artísticas. Ha trabajado en clubs nocturnos. También fue corista en Hollywood por poco tiempo. No sabía bailar y fue despedida. Sin familia. Sin domicilio fijo».

—¿Quién escribió eso? —preguntó Kent.

—El agente artístico —explicó Sonja Lindstrom—. Vino pidiendo trabajo, a través de una agencia de San Diego. Nos informamos, y ese fue el resultado. La chica no interesaba como corista, y las plazas de camareras estaban cubiertas. Le dijimos que no rotundamente.

—¿Qué agencia artística les envió los datos de la chica?

—Un tal Silva. Héctor Silva, un mejicano que tiene su agencia en San Diego.

—¿De modo que solamente usted vio a la chica cuando vino a pedir trabajo?

—Bien, creo que yo y acaso también Lyman o Starr, no sé. Pero no se fijaron en ella. Vienen tantas chicas por aquí...

—Sí, entiendo. Es todo, gracias...

Y abandonó el despacho de la gerencia del «Zodiac» con rostro ceñudo. Fuera, no lejos de los hermanos Baker, ya dispuestos para

marchar del club, esperaba Lyman, con su cráneo brillando como cristal bajo las luces parpadeantes del Zodíaco artificial y fluorescente de la fachada.

—¿Obtuvo algo práctico, señor Freemont? —indagó Lyman.

—Poca cosa —masculló Kent—. A esa chica, ni siquiera la llegaron a admitir ustedes en su club...

—Lo suponía. De otro modo, la hubiese recordado —la eterna sonrisa de Lyman vagaba por su rostro apacible—. Bien, lamento que no haya sido mucho lo que sacó en limpio. Cuando quiera, puede regresar al «Zodiac». Será bien venido...

—Gracias... —Kent echó a andar. Los signos zodiacales de fluorescente brillaban deslumbradores en la roja carrocería del «Pontiac» de Dionne Baker. Súbitamente, Kent giró la cabeza—. Una pregunta, señor Lyman.

—Dígame, por favor.

—¿Fue suya la idea de decorar esto así y ponerle ese nombre?

—Por supuesto que no —rió Lyman—. Eso es cosa de Starr.

—Lo imaginaba.

—Él tiene siempre ideas brillantes sobre decoración, pero le influyen demasiado los astros. Es su defecto. Y también el de Sonja Lindstrom.

—¿A usted no le influyen los astros?

—Solo si son buen negocio y me dan suerte en mi local. Hasta ahora, no puedo quejarme.

—¿Nació usted bajo el signo de Escorpión acaso?

—No sé... —se asombró Lyman—. ¿También le preocupan esas cosas? Nací en septiembre, señor Freemont. El veintiuno.

—Entonces, es Virgo —suspiró Kent, echando a andar hacia el automóvil, sin añadir más.

Dionne y Oscar, perplejos, le siguieron.

Al parecer, en la puerta del club de su propiedad, Aaker Lyman también se mostraba muy perplejo, e incluso la sonrisa estaba menos acentuada en sus labios.

Podía ser simple estupor, pensó Kent.

O preocupación.

* * *

—Estoy fatigado de ir de Los Ángeles a San Diego, y de San Diego a Los Ángeles, Lori.

—Sí. Y siempre con esa chica, la millonaria, ¿no?

—Es una buena ayuda. Conoce a todo el mundo.

—Y es una mujer atractiva. Y rica.

—Bien, eso es cierto —rió Kent, sardónico.

—¿También vas a dejarte cegar por el brillo del oro? —había sarcasmo en la voz de Lori Hindle cuando habló.

—Es posible —el federal bostezó, mirando su reloj—. Lori, empiezo a sentirme fatigado. Y no sé apenas nada de nada. Fui a ver a un tal Héctor Silva, agente de arte y cosas de esas, y no estaba en San Diego. Su oficina estaba cerrada por ausencia. Solo sé que una chica con empleo y una sin empleo murieron. Y que alguien se dedica a negar de escorpiones el escenario de sus hazañas sangrientas. Esto no tiene pies ni cabeza.

—Si has subido a contarme tus desventuras, será mejor que te marches —refunfuñó Lori—. Estoy cansada.

—¿No sales esta noche con tu caballero de oro, el amable señor Donovan?

—No. Él tiene negocios en Nevada. Salió para allá esta tarde en avión. Vuelve mañana.

—Es lo malo de tener mucho dinero. Siempre hay quebraderos de cabeza.

—¿Los tiene acaso tu amiguita Dionne Baker?

—No se lo he preguntado, pero supongo que sí. Oscar, su hermano, tiene edad para estar trabajando, montando negocios o lo que sea. ¿Y qué hace? Holgazanear.

—¿Y ella? ¿Qué hace?

—Bueno, es una mujer. La mayoría solo se prepara para casarse.

—¿Contigo?

—Oh, vete al infierno —refunfuñó Kent—. Estás insoportable. La ausencia de tu enamorado millonario te hace sentir cierto complejo hacia la gente rica. Te dejaré dormir tranquila, a ver si te calmas, Lori. Antes, déjame usar tu teléfono. Quiero llamar al jefe.

—Pudiste haberte parado en la cabina de la esquina.

Sin responder, Kent silbó entre dientes, camino del teléfono. Llamó a Evans. El inspector tenía noticias frescas para él.

—Sabemos cosas sobre esa chica, Peggy Sebastian. Era de Indiana. No tiene familia ni residencia concreta. Vino en busca de fortuna a California. Estuvo trabajando en pequeños films publicitarios para la televisión, pero la empresa quebró y ni siquiera llegaron a pasarse por ninguna emisora. Por otro lado, Kent, también se dedicó a posar para fotografías poco escrupulosos, en ciertas poses que tienen fácil venta en el mercado negro. Y eso fue todo lo que la pobre hizo, antes de servir como camarera en un lugar de mala muerte, en Tijuana, y volver rápidamente a California, donde encontró el trabajo con los del «Zodiac».

—¿Es todo?

—No. Hay más. Peggy Sebastian había pedido permiso, según tú, para reunirse con un familiar enfermo en Los Ángeles. Es falso. No tiene parientes aquí ni en ninguna parte. Era huérfana. Al parecer, recibió alguna oferta de trabajo, mejor que la del «Zodiac», porque tuvo una conferencia telefónica desde esta ciudad, al «Zodiac», el día antes de su marcha. Hemos obtenido eso en la central telefónica. Utilizaron un teléfono que hemos podido localizar.

—¿Cuál era, inspector? Eso puede ser importante...

—Sí, acaso muy importante: es el número telefónico personal de Hamilton Mattis, en su club nocturno de Los Ángeles...

M

ATTIS.

Otra vez Hamilton Mattis.

Y mujeres.

Chicas jóvenes, sin familia, sin domicilio... Kent Freemont iba atando cabos por el camino, con sus mandíbulas encajadas.

Chicas fáciles de trasladar a alguna parte, en el extranjero. Mattis, mezclado con Peggy Sebastian. Y había dicho no conocerla cuando vio su fotografía...

Evocó los datos que tenía sobre la segunda víctima, Eunice Brent.

Sola, sin familia, sin domicilio. Y sin trabajo. Era llamativa, vistosa, de buenas curvas. Lo que podía gustar en alguna parte de Centroamérica, en el interior.

Otra vez el mercado de mujeres. Otra vez el tráfico inhumano y brutal, viejo como el mundo. Las esclavas a la venta...

Mattis iba a tener que explicar muchas cosas. Y esta vez no le pillaría sorprendido, como en la primera ocasión. Era diferente. Un Kent Freemont mucho más en guardia iba hacia él.

Esta vez, con toda la determinación de hacer caer sobre el rufián el peso aplastante de la Ley federal.

Había dado datos a Evans sobre el agente de San Diego, Héctor Silva, y su oficina dedicada a agencia. Podía tener cierta significación que el hombre diera malos informes de Eunice Brent. Acaso para que no se colocara en el «Zodiac», y sí en otro lugar, con otras intenciones...

Pero, entonces... ¿por qué el escorpión?

¿Para desorientar? ¿Para desafiar a los del «Zodiac»?

Cualquier cosa era posible viniendo de Hamilton Mattis.

Cualquier cosa... Pero ninguna buena, ciertamente. Ninguna sana, honesta ni legal.

El taxi se detuvo frente al club nocturno de Mattis.

Era ya muy tarde, y estaban cerrando las puertas. Kent pagó la carrera. Caminó directamente hacia el club. Con pasos rápidos,

largos, decididos. En su rostro había una dura crispación, en sus ojos un brillo helado, resuelto.

—Lo siento, señor. Vamos a cerrar ya... —se excusó el portero, cerrándole el paso rotundamente.

—Agente federal —mostró su credencial al empleado—. Tengo que entrar.

—Oh, eso es diferente. Pase, señor.

—¿Está Mattis dentro?

—Estará pasando la liquidación, como cada madrugada a estas horas, señor... Arriba, en su despacho...

Kent siguió adelante, adentrándose en el club nocturno. Se cruzó con una pareja formada por un viejo adiposo y una muchacha joven, medio ebria y medio desvestida por la parte superior de su traje.

Se internó a través de la sala ya a media luz. Dos clientes terminaban sus consumiciones en el mostrador. No eran gorilas de Mattis, esos tenían otro aspecto. El *barman* miró a Kent.

—Lo siento. No servimos ya —explicó—. Está cerrado el bar...

—No quiero beber. Busco a Mattis —replicó Kent.

—Espere. Le llamaré. Pero no creo que reciba a nadie ahora.

—A mí, sí —sonrió Kent lobunamente—. Soy su amigo. Y no toque el teléfono para avisarle. No hará ninguna falta. Somos como hermanos él y yo...

Y mostró, con gesto desabrido, su credencial del F.B.I. El *barman* reculó instintivamente, con sobresalto.

Kent cruzó la sala y subió una escalera lateral. Sabía que en cuanto hubiera desaparecido, e *barman* habría usado el teléfono interior. De otro modo, sabía que Mattis lo despediría luego.

Se detuvo ante la puerta del despacho. El rótulo prohibiendo el paso le traía sin cuidado. Estaba pensando en lo que le aguardaba detrás. Mattis y sus esbirros.

Imaginó lo que harían. Casi podía taladrar con rayos «X» la hoja de madera.

Un gorila tras la puerta que se abriese. Otro al otro lado. Y Mattis enfrente, con sonrisa amable, casi cordial y amistosa.

Todo eso era fácil verlo. Podía ser diferente, pero Kent estaba seguro de que no. Llegó ante la puerta. Llamó con los nudillos.

—Adelante —indicó la voz suave de Mattis, sin alarma alguna en el tono.

El cebo perfecto. Abrir, entrar, y caer bajo la lluvia de golpes. Era lo dispuesto, en la rapidez urgente del momento. Kent sonrió con dureza.

Empezó a abrir la puerta con lentitud. Luego, de súbito, empujó, disparando la hoja de madera de forma brutal contra el muro lateral, abriendo de golpe, de par en par, con toda su fuerza.

Aulló el guardaespaldas oculto, al recibir contra su rostro el impacto de la puerta. Al mismo tiempo, Kent disparaba su codo contra el hígado del que estaba sin duda alguna a su izquierda, pegado a la pared. También este chilló, encogiéndose, y trató de hacer algo. Kent le clavó ahora su automática en el estómago, y al doblarse el tipo, le descargó un mazazo en la nuca, derribándole como a un toro. Rápido, saltó adentro y cerró la puerta de golpe.

Sangrando, tambaleante aún, se agitaba el segundo gorila tras la puerta. Kent le machacó la cara con su arma, vertiginosamente, y sintió el crujido del hueso al quebrarse bajo el golpe del cañón de su Smith & Wesson.

Luego, veloz, dio media vuelta. Y llegó a tiempo de impedir que Mattis sacara el arma de su gaveta, encañonándole con su propia arma. Avanzó en dos zancadas y cerró de golpe la gaveta.

Chilló Mattis, con su muñeca aferrada por el mueble. Kent abrió de nuevo, al tiempo que le clavaba el arma en el vientre al dueño del club.

Este, tosiendo, cayó en su asiento. Kent se quedó con el arma de la gaveta, que guardó consigo, fue a los dos esbirros y, sin quitar su arma de la vigilancia de Mattis, arrancó a ambos sus armas.

—Ahora, hablemos como amigos —masculló Kent, sentándose en la mesa, ante Mattis, sin perder de vista a ninguno de los tres—. ¿Qué tal la sorpresa de mi visita, muchacho?

—Esto... te costará caro —jadeó Mattis—. Te han visto entrar. Diré que viniste, mostraré las huellas de tus golpes si me tocas... Ellos testificarán también. Te van a echar del F.B.I., Freemont. Sabes que tengo buenas amistades...

—Yo también —descargó un bofetón terrible contra la cara de Mattis, y este se sobresaltó con un gemido de dolor.

—Es... es una cobardía —acusó Mattis—. Abusas de tu arma, de tu condición...

—¿Y tú, bastardo? ¿De qué abusaste aquella vez? —le aferró por los cabellos con la mano libre, hasta que Mattis chilló de nuevo—. Vamos, apenas es nada al lado de lo que me hicieron a mí tus verdugos. Solo son unas caricias amistosas. Vengo a hablar contigo, cerdo.

—No... no me toques más. Te hundiré en cuanto salgas de aquí, lo juro.

Le dio de lleno en la boca.

—Esto para que cierres el pico y no hables más que de aquello que a mí me interesa, bastardo —jadeó Kent—. Quiero que hables de Peggy Sebastian. Y de Eunice Brent.

—No sé de qué hablas...

—¡Sí lo sabes! —Kent le pegó de nuevo con la mano, en plena cara, abofeteándole hasta seis o siete veces—. Llamaste a Peggy a Los Ángeles. Tenemos la prueba. Tu llamada telefónica... La trajiste aquí para asesinarla.

—¡No, eso es mentira! ¡No puedes colgarme eso, Freemont!

—Te lo colgaré, aunque sea lo último que haga en la vida, cerdo. La querías para tus envíos al extranjero, ¿no? Joven, bonita, sin familia... Nadie reclamaría. Nadie reclama nunca, porque eliges chicas así. La sacaste del «Zodiac». Cómo te llevaste a Eunice también. ¿No es cierto? Las dos vinieron acá, llamadas por ti... ¡para morir porque se negaron a cumplir lo que tú exigías de ellas! Y dejaste ese escorpión para acusar a otros, para desprender de ti toda sospecha...

—¡No, no es cierto! —chilló exasperado Mattis.

Freemont le golpeó otra vez. Mattis cayó contra la mesa, y Kent le asió de nuevo por los cabellos, le alzó y le abofeteó.

—Te mataré si no confiesas, tú lo sabes —amenazó el federal.

Mattis se ablandó al ver alzarse de nuevo el arma.

—¡Espera! —aulló—. ¡Te diré la verdad! Confesaré, sí... Confesaré...

Y cayó de bruces en la mesa, sollozando.

Kent le apoyó el cañón del arma en el cuello.

—Eso está mejor —dijo—. Habla ya. Y no mientas, o aprieto el gatillo... Esta vez te cogí, Mattis...

Y metiendo la mano en su bolsillo, extrajo una cartera, de la que empezó a extraer documentos febrilmente, ante el estupor y preocupación de Mattis. Al final, Kent extrajo algo. Un documento de identidad a nombre de Hamilton Mattis. Llevaba la fecha de nacimiento.

—Ahí está la prueba —sentenció Kent rudamente—. Veintinueve de octubre... Naciste bajo el signo de escorpión, Mattis. ¿Por eso firmaste tus crímenes con esa figurilla?

III

N

O... no es cierto, Kent. Yo no hice nada. No tengo nada que ver con ningún escorpión.

—¿Vuelves a las andadas? —alzó de nuevo el arma.

No llegó a golpearle. Mattis lloriqueó abyectamente.

—Espera... ¡Espera, por Dios! No pegues más... No lo soportaría... Freemont, yo... yo llamé a esa chica, a Peggy. Es cierto. Y a Eunice. Las dos me interesaban. Una trabajaba ya para Lyman en San Diego. La otra, iba a trabajar. Avisé a mi amigo Silva...

—¿Héctor Silva, el agente artístico?

—Sí, Freemont. Él me proporciona chicas... Cuando supo que Eunice me convenía informo negativamente a Lyman y me la envió a mí. Igual hice con Peggy. Era interesante para mi negocio, y la contraté por doble de lo que ganaba allí. Peggy dijo que venía a Los Ángeles, tomó alojamiento en alguna parte, no sé dónde... Pero nunca se presentó. Nunca la vi con vida.

—Mientes.

—¡Juro que es la verdad! Ni a ella ni a Eunice... No vi a ninguna... No sé lo que ocurrió. Solo lo que tú dijiste de Peggy, su fotografía, que yo tenía ya... Pero hecha cuando tenía vida... La reconocí, claro. Pero no podía hablar. Además, estaba asustado...

—Sigues mintiendo.

—¡Freemont, por Dios! ¡Tienes que creerme! ¡Juro que es cierto!

—Tus juramentos sirven de poco. Nadie creería en ellos. Yo, menos que nadie. Estoy harto de tus embustes, de tus sucias mentiras, de tus asquerosos negocios y de todo lo tuyo. Dije que te hundiría, y lo lograré. Pero quiero que confieses todo, no solamente la trata de blancas. Confiesa todo. Todo, ¿entiendes? Los crímenes...

—¡No los cometí yo!

—La razón de ese escorpión que coincide con tu nombre...

—¡No, no! Nada sé de eso... Ni me preocupó nunca mi signo del Zodíaco, palabra. Alguien lo hizo para inculparme... Y tal vez, al mismo tiempo, para asustarme y asustar a otras chicas... Ahora, nadie se atreverá a venir conmigo, a que yo la contrate...

—Es que no contratarás nunca más a nadie. Ni tú, ni ese Silva de San Diego. Por otro lado, Mattis, sigo sin creer en tu inocencia en esas muertes. ¿Quién iba a hacerlas, sino tú?

—Pudo ser... Lyman. Él fue, sin duda.

—Lyman no se mezcla en nada del Zodíaco. Solo Starr, su empleado.

—No importa. Quiere confundirnos a todos, y al mismo tiempo asustarnos. Lo hizo él; lo sé.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Lyman es un hombre de negocios honesto.

—¡Honesto! —Mattis abrió enormemente sus ojos—. Mentira, Freemont. ¡Lyman es un competidor mío en el negocio!

—¿En qué negocio?

—En... en el comercio de chicas —confesó apagadamente Mattis—. Si he de caer yo, que caiga él también. Mató a las chicas, seguro. Sabía que eran las convenientes para el negocio, sabía que vivían solas, sin familia, sin domicilio fijo... Fingió no contratar a Eunice, pero iba a hacerlo. Posiblemente para su estudio de arte... ¡Estudio de arte! Mentira todo, Freemont. ¡Ese hombre es un traficante como yo! ¡Vende muchachas bonitas a burdeles del interior de Centroamérica... y su negocio de fotografía es su propaganda, su auténtico fichero de chicas para exportar!

—Es una acusación grave, Mattis. Voy a tratar de confirmarla después de ponerte a ti a la sombra. Si resulta mentira, vas a cargar con todas las culpas. Con todas en absoluto, Mattis. No te salvará nadie de la cámara de gas. Y yo lucharé hasta mi último aliento para que así ocurra.

—Lo juro, Freemont. ¡Por favor, tienes que creerme! No me pegues, no me acuses más. Arréstame, haz lo que sea... Pero comprueba eso. Lyman es mi competidor, Lyman tiene una organización en Tijuana, para enviar a las chicas desde su estudio.

Para eso estaba allí Peggy. La hubiera enviado días después. Y a Eunice, y a Doris...

—¿Doris? ¿Quién es Doris?

—Doris Stafford —musitó apagadamente Mattis—. Otra chica que acababa de contratar Lyman para posar en su estudio como modelo de poses de arte... En realidad, una hembra magnífica para el mercado. Yo me puse en contacto con ella gracias a Silva... Iba a venir de un momento a otro conmigo. Entonces no sabía aún lo... lo de Peggy y Eunice. Tal vez esté ya muerta... en algún lugar. Tal vez la hayan degollado... y hayan dejado un escorpión al lado. Eso es una idea de Lyman, estoy seguro. ¡Tiene que creerme todo el

mundo, Freemont! ¡Y tú sobre todos...!

Kent respiró hondo. Los dos esbirros se agitaban ya, recuperándose. Mattis, sangrante, roto y descompuesto, lloraba desolado. Kent no dijo nada. Descolgó el teléfono con una mano. Marcó el número con el cañón de su arma.

—¿F.B.I.? —preguntó—. Con Evans, es urgente. Sí, habla Kent Freemont...

* * *

Otra vez San Diego.

Incansable. Arriba y abajo. San Diego-Los Ángeles, Los Ángeles-San Diego.

Era muy tarde ya. Las cinco y media de la mañana. Pronto iba a amanecer. No tenía sueño. La noche había sido violenta, agitada, pero valía la pena mantenerse en pie. Además, los nervios le sostenían firme, despejado, fuerte como nunca se sintiera antes de ahora.

Mattis estaba ya encarcelado. Había confesado llorando. La Ley federal tenía un culpable en la trata de blancas. Era el principio del sucio negocio. Quedaba la segunda parte: Aaker Lyman, el dueño del «Zodiac». Y Héctor Silva, el agente artístico.

Y hallar a Doris Stafford, si aún era tiempo. La tercera en la lista. Acaso otra víctima del «Escorpión».

Kent se detuvo ante el «Zodiac» apenas un momento. Conducía ya su propio coche. Ni siquiera se acordaba ya de su dolor de nudillos. Todo estaba allí oscuro, silencioso, evidentemente desierto.

Siguió adelante, a la lívida claridad de la primera hora de la mañana. Entró en San Diego. Buscó en un «drug-store» abierto, en un listín telefónico. Halló el nombre de Aaker Lyman. Y la dirección.

Fue allá en derecha. Se detuvo en Palm Road, al sur de la ciudad, ante la vivienda de Lyman. Era una pequeña residencia rodeada de jardín.

Extrajo su arma. Saltó la valla y entró por el frondoso jardín, hacia el edificio. Paso a paso, cauteloso, llegó al porche. Allí se detuvo, mirando en derredor.

Silencio. Silencio y quietud.

Llegó ante la puerta. Ante su sorpresa, estaba solo entornada. Podía ser una trampa. Cedió la hoja suavemente, sin ruido. Asomó al interior de la casa.

Vio luz al fondo, en alguna habitación abierta. Luz eléctrica. Intensa.

Se movió hacia allá con sigilo, pegado a la pared, su arma por delante, todos sus sentidos avizor, los nervios y músculos en tensión.

Llegó a la habitación. Asomó.

Era el estudio.

El estudio para sus cuadros de arte. Focos, proyectores, espejos de metal, muebles, cortinas...

Había uno de los focos encendido. Proyectaba su luz sobre tres cámaras fotográficas. Y sobre dos figuras.

Dos figuras tendidas sobre la roja alfombra de sangre. Dos figuras desangradas, inmóviles, amarillas ya por la muerte.

Reconoció primero a Lyman. Aaker Lyman, el dueño del «Zodiac». Degollado. Con sus ojos vidriosos fijos en el techo de su estudio.

No lejos de él, un cuerpo de mujer semidesnudo. Solo una túnica arrugada caía sobre sus muslos. La sangre había teñido de rojo el tejido.

Muerta también. Degollada igualmente.

Y entre ambos, un objeto siniestro e incongruente. Un escorpión de metal. Y una tarjeta con el nombre fatídico:

«ESCORPIÓN».

Muertos. Los dos estaban muertos. El supuesto «Escorpión», Aaker Lyman, con su pelado cráneo brillando deslumbrador bajo el foco fotográfico. Y la chica rubia, exuberante, acaso de nombre Doris Stafford. Ni siquiera le habían mutilado esta vez los dedos.

El «Escorpión» había golpeado de nuevo en las últimas horas.

Y no era Aaker Lyman tampoco.

TERCERA PARTE

E

L inspector Evans escuchó en silencio a Kent Freemont.

—De modo que ambos fueron asesinados por «Escorpión»...

—Sí, inspector.

—Y Héctor Silva sigue sin aparecer. ¿Será él...?

—No sé. Puede ser él, o puede ser otra víctima del «Escorpión».

—Entonces, Kent, ¿quién puede ser el firmante de esos horribles crímenes?

—No sé —jadeó Kent—. No puedo saberlo, inspector...

Dionne y Oscar Baker se miraron entre sí. Estaban presentes en la conversación. Kent no había encontrado inconveniente en que ambos hermanos escucharan lo que el inspector y él tenían que hablar.

Clifford Evans había llegado apenas llamó Kent, a primera hora de la mañana, desde la residencia Baker en Bel-Air. Los dos hermanos se habían mostrado horrorizados al conocer las noticias, y dispuestos a ayudar a Kent en lo que fuese.

—Es un asunto espantoso —habló Dionne, ensombrecida, muy pálida y ojerosa—. Kent, por Dios, ¿cuándo terminará todo esto?

—No puedo saberlo, Dionne... Creí que Lyman era el final de la senda, y resultó que no era así. Luego he pensado en Silva, y... tal vez también esté equivocado. Esto no tiene sentido alguno. Es una locura sangrienta y atroz.

—Hay que hacer algo, Kent —le recordó Evans, sombrío.

—Sí, pero ¿qué? —musitó Kent—. Interrogaremos a Sonja Lindstrom, a Ankrum Starr. Tal vez ellos tengan algo que ver, con su obsesión zodiacal, pero no podremos probar nada, si ellos tienen coartada para esta noche, al morir Lyman y la chica modelo.

—Ya di orden de que vayan agentes nuestros a por Starr y la Lindstrom, y los lleven como testigos, para ser interrogados en la Oficina Federal —explicó Evans—. Lo que quisiera es saber si todo eso nos conducirá a alguna parte...

—Sí, es lo que quisiéramos saber todos, señor —confirmó apagadamente Kent Freemont, mordiéndose el labio inferior.

—Tal vez Mattis sea culpable, después de todo, y cuando usted le visitó en Los Ángeles, venía ya de haber matado a Lyman y la chica —señaló Oscar.

—Es plausible, sí. Pero costará probar eso —convino Kent. Miró pensativo a Dionne—. Nunca le pregunté una cosa, Dionne...

—¿Qué es ello?

—Mattis dijo que tenía negocios con usted. ¿De qué se trataba?

—Oh, eso... —ella sonrió, encogiéndose de hombros—. Mattis me fue presentado por unos amigos, y él me pintó color de rosa una serie de negocios, para que yo invirtiera dinero con él. Ya sabe usted, Kent. Acostumbra a ocurrir. Los hombres de empresa, los ambiciosos, buscan a veces un socio capitalista, para elevar negocios más productivos. Si tienen vista y habilidad, la inversión resulta un buen negocio. Pero yo nunca llegué a pactar seriamente con Mattis. Al tratarle algo más, no me convenció. ¿Le deja eso satisfecho?

—Sí, Dionne, gracias... —reflexionó Kent en voz alta—: Casi siempre esos tipos buscan un socio capitalista para sus negocios ambiciosos... Sí, tiene usted razón. Ocurre a menudo y...

Se detuvo. Entornó los ojos, brillantes y fríos. No concluyó la frase. En vez de ello, alzó bruscamente la cabeza y se quedó mirando al joven Oscar.

—Usted, que posee fortuna y no sabe a qué dedicarse... ¿invirtió alguna vez algo en negocios ajenos, Oscar?

—¿Cómo? —se extrañó este.

—Quiero decir si es o ha sido socio de alguien...

—Cielos, no. No se me ocurrió siquiera, ni nadie me lo propuso... —confesó ingenuamente el joven.

Kent se puso en pie. Tenía la frente cubierta de arrugas. Caminó hacia la salida.

—Cuando yo llegué a la residencia de Lyman, estaban ya desangrados. Pero la sangre era aún reciente... Alguien se dio mucha prisa en ir allá. Yo conduje despacio, porque mis manos no van bien aún... El asesino es más rápido. Mucho más...

—Kent, ¿se encuentra bien? —se alarmó Evans.

—Sí, inspector. Muy bien... —y salió de la casa, como sonámbulo.

Dionne se puso en pie, preocupada.

—Creo que voy a seguirle —dijo, encaminándose a la salida también—. Algo le ocurre a Kent, inspector. Me preocupa él.

—Y a mí, señorita Baker. Y a mí...

—Kent... Es una sorpresa. ¿Dónde estás ahora?

—Tengo mucho trabajo por hacer, Lori —habló la voz de Kent Freemont por el teléfono—. Creo que estoy a punto de hallar al misterioso «Escorpión», si mis sospechas son ciertas. Pero también es posible que encuentre la muerte, como tantos otros hasta ahora.

—Kent, por Dios, no hables de cosas horribles... —se alarmó Lori, palideciendo y apretando el teléfono por dónde le llegaba la voz del federal—. Tú nunca hablaste de ese modo...

—Ahora es diferente. Por completo, Lori.

—¿En qué puede ser diferente?

—En todo. Es una lucha desesperada. No tengo pruebas contra el asesino, no sé qué puedo hacer para desafiarlo, para que dé la cara. Tengo que luchar contra todo riesgo. Algo exasperado, algo a vida: o muerte.

—Kent, no corras peligro alguno...

—Es necesario, Lori. No puedo perder tiempo. Ni esta ocasión tampoco. Por eso te he llamado. Para despedirme de ti.

—¿Despedirte? —tembló la voz de Lori Hindle en el teléfono—. Cielos, Kent, es horrible que hables así...

—Podría suceder que nunca más nos viéramos, Lori. La nuestra fue una buena amistad. Y quiero... quiero...

—¿Qué, Kent? —la voz se le estrangulaba a Lori en la garganta.

—Quiero que sepas que te dije muchas mentiras en nuestras charlas. No quería admitir ante ti que estaba... estaba enamorado de ti.

—¡Kent!

—No quise nunca darte a entender que tú eres mi tipo en todo, que es a ti a quién amé siempre...

—Pero, Kent, por Dios, ¿por qué no dijiste todo eso antes?

—No tenía derecho. Tú buscabas tu bienestar, y mi sueldo de policía no es...

—Kent, eso nada me importa —el llanto corría por el rostro de la joven—. Kent, mi vida... Siempre te amé. Pero no puedo ofrecerte...

—Calla, Lori, no sigas. Decía eso para que no hubiera peligro de que te enamorasas de mí... y yo descubriera mi atracción hacia ti.

—Kent, te amo... Ven pronto, ven ahora...

—No puedo. Ya te digo que el tiempo es apremiante. Lori, solo deseo que... que me esperes, si salgo triunfante. Y que si vuelvo con vida, y «Escorpión» cae... que renunciarás a tus ricos amigos y me

preferirás a mí, con lo poco que puedo yo ofrecerte...

—Kent, oh, Kent, mi vida... —estalló ella—. ¡Ven pronto, que te estaré esperando solo a ti! Romperé con mi vida anterior... Kent, te espero... Kent, te amo...

Pero Kent ya había colgado el teléfono.

Lori, desesperada, se arrojó en el sofá. El llanto la sacudía violentamente.

Era un llanto de angustia el que sus ojos derramaban. El llanto por un hombre en peligro.

Y de felicidad. Felicidad por aquel hombre, por su confesión suprema, por la radiante verdad de un amor soñado e insospechado...

—Kent, mi amor, vuelve pronto... —gimió—. Yo romperé con todo. Yo seré tuya, nada más que tuya toda mi vida...

* * *

—¿Suya toda tu vida? ¿Es en serio, Lori?

—En serio, sí —se irguió ella, muy serena, muy pálida aún.

—Lori, él es un policía...

—Sí, Frank.

—Un policía tiene un corto sueldo —le recordó Frank Donovan.

—Lo sé.

—No podrá darte lujos. Tu vida será gris, mediocre...

—Mi vida será maravillosa, Frank. Encontré una razón para vivir, para encontrarlo todo magnífico y hermoso...

—Lori, yo... yo solo puedo ofrecerte una cosa a cambio —murmuró Donovan, inclinando la cabeza.

—¿Cuál?

—Mi nombre. Mi fortuna. Cásate conmigo, si es eso lo que deseas. Si prefieres ser mi esposa... Te lo ofrezco, Lori.

—Gracias, Frank. Es muy noble de tu parte —ella negó lentamente con la cabeza—. Pero no. No puedo aceptar. Kent es primero. Esa maravillosa mediocridad a su lado, será para mí el colmo de la felicidad...

—¡No sabes lo que dices! —estalló Frank Donovan—. ¡Este lujoso apartamento, tus ropas de ahora, todo...! Lo perderás, irás a un barrio vulgar, discreto, modestamente montado todo, para una vida llena de mediocridad, acaso falta de muchas cosas importantes y necesarias...

—Le sobrará lo mejor: amor, Frank. Yo amo a Kent. Lo sabía, lo temía. Lo que nunca pude imaginar es que él... también me amase.

—Tú y tu famoso experimento de la amistad entre hombre y

mujer... —había sarcasmo en la voz del millonario—. Oh, Lori, ¿qué se hizo de ti?

—Es el amor, Frank. Trata de entenderlo.

—El amor... ¿con un piojoso polizante?

—Te ruego que no le ofendas —se alteró ella—. Sería lo peor que pudieras hacer. Desmerecerías tanto para mí... No, Frank. Cállate y vete. Es mejor. Yo dejaré este piso mañana, con todo lo que contiene.

—No, Lori...

—Es inevitable. No podría llevarme nada de aquí. Es... es empezar de nuevo. Otra vida, Frank.

—No lo consentiré —jadeó Donovan, muy pálido—. No serás suya, Lori.

—Frank, no puedes hacer nada. No te amo. Eres bueno y generoso conmigo, pero nunca te amé. Eso basta. Deja que elija mi propia vida. Soy yo quien decide.

—Lori, no me conoces bien —silabeó Donovan—. Quien decide siempre en la vida, soy yo. Soy hombre rico, soy fuerte. El más fuerte siempre.

—No en esto, Frank. Para mí, Kent es el más fuerte.

—Estás loca. Vas a hundirlo todo. Tu propia vida...

—No. Voy a elevarla, Frank.

—Lori, razona...

—Ya razoné.

—¿Es... definitivo?

—Definitivo.

—Bien... —Frank Donovan se acercó lentamente a ella—. No quisiera hacerlo, Lori, pero tú me obligas. No voy a renunciar a ti. Y si lo hago, no será para que ese hombre te acoja en sus brazos y seas suya para siempre.

—Frank, no te entiendo. ¿Qué puedes hacer tú en eso?

—Puedo... matarte.

—¡Frank! —ella dilató los ojos—. Me asustas... No hablarás en serio...

—Completamente, Lori.

—Tú no... no podrías matarme a mí. Ni a nadie, Frank...

—¿No? —él se echó a reír—. Ese polizante asqueroso te ha estado contando todo este tiempo cosas que yo hice. Crímenes que yo cometí, personas a quienes yo destruí...

—¡Frank!

—¿Es que no entiendes, Lori? Soy yo... SOY YO EL «ESCORPIÓN».

K

ENT Donovan... No puede ser... ¡No puede ser!

Lori retrocedía paso a paso. Lívida, demudada, sus ojos desorbitados por el pánico y la incredulidad.

Donovan, el millonario, avanzaba. También paso a paso. Hacia ella. Acorralándola. En su mano había aparecido un arma. Una navaja en forma de estilete, de cuyo mango de hueso había brotado rápido, sibilante, un lengüetazo de acero afilado, incisivo, cortante.

—Yo, Lori... —hablaba fanáticamente Donovan—. Yo soy ese «Escorpión» que tanto busca tu amiguito Kent Freemont. Yo maté a las chicas, yo dejé mi firma junto a sus cuerpos... Yo maté esta noche a Lyman y a la otra chica, la modelo Stafford, adelantándome a Kent, volando materialmente sobre la carretera de San Diego para adelantarle, para llegar a tiempo...

—Frank... Tú estabas esa noche en Nevada...

—Estuve allí, pero solo para volver enseguida y matar a Eunice Brent, y luego a Lyman, a la Stafford...

—Pero... ¿por qué, Frank, por qué tú...?

—Lori, mis negocios... Soy socio capitalista de Lyman, del «Zodiac» de San Diego. Ese estúpido de Oscar Baker puso sobre la pista al federal. Le hubiera matado de buen grado, maldito sea... Cuando te telefoneé anoche, a mi supuesto regreso de Nevada, y me contaste que ese Kent tenía el asunto casi resuelto, que había sabido que Lyman era culpable... entendí que todo peligraba, que Freemont iba a San Diego a por Lyman, y este hablaría. Tuve que anticiparme y matar a ambos, a Lyman y a la chica que nos iba a abandonar ya, Doris Stafford, para irse con Mattis...

—Frank, eso es espantoso... Tú un asesino, un loco...

—¡No estoy loco! —rugió él—. Solamente quiero ser el más fuerte, el más importante en cada cosa que emprendo... Últimamente tuve reveses en la Bolsa. Gané fácil dinero con Lyman, haciendo la competencia a Mattis...

—¿Trata de blancas?

—Claro, preciosa. No hay negocio feo si da dinero... Lyman y yo

éramos un buen grupo. Ese Mattis quiso combatirnos. Nos quitaba las chicas para sí, cuando por medio del cerdo de Silva conocía sus datos. Anoche tuve que matar también a Silva...

—Dios mío, no...

—Trató de huir, y lo acorralé en el campo. Ya hallarán su cadáver. Y el escorpión. No importa...

—¿Por qué ese escorpión, Frank?

—Tú deberías saberlo —rio él—. Estuve burlándome siempre de todos, diciendo claramente quién era el culpable. Eso prueba mi fuerza, mi astucia... Mattis nació bajo escorpión. Yo, también. En noviembre. Pero nadie sabe eso. Me burlo de todos. Al mismo tiempo, advertía a Mattis de que nosotros, los del «Zodiac», jugábamos duro. Debió asustarse mucho el pobre diablo. Las chicas no hubieran marchado nunca más con él, sabiendo que otras que lo intentaron habían muerto. Era una técnica hábil, querida... Y sigo impunemente mi carrera. Seguiré yo solo el negocio de Lyman. Sin él, sin socios molestos...

—Frank, todo es... es abominable... No parece posible que tú...

—Tu amistad con ese policía me fue muy bien. Siempre obtenía los datos gracias a ti, sabía cómo iban sus investigaciones... Y él no sospecha nada, el muy necio, Lori... Ahora, cuando podía ser feliz, cuando te iba a pedir que te casaras conmigo, tú me dices que prefieres a Kent... ¡Estúpida! No serás ya de ninguno...

—Frank, si es así... me casaré contigo... Seré solo tuya...

—No. Ya no, encanto. Es tarde. Sabes demasiado. Me denunciarías a Kent o a otro cualquiera. Has de morir.

—¡No!

—Lo lamento. No hay otra salida. Ya te dije que tú lo buscabas. Encontrarán tu cadáver aquí, con el escorpión. Ese Kent se llevará un buen disgusto. Yo, aparentemente, también. Incluso ofreceré una recompensa por la captura del asesino —soltó una carcajada—. ¿No es gracioso eso?

—Frank, Dios mío... No lo sabes tú mismo, pero estás loco, no eres un ser normal...

—Ya basta —rugió Frank Donovan. Había acorralado a la joven contra el muro. Adelantó su arma hacia ella—. Se terminó tu vida... Es tu fin, Lori. Solo tú tuviste la culpa...

Ella trató de gritar. El taponó su boca con una mano. La otra, armada, fue hacia la garganta de Lori Hindle, con la mortífera hoja de acero presta a herir...

El disparo retumbó en la habitación estruendosamente.

La mano de Frank Donovan se tiñó de sangre. El arma huyó de sus dedos rotos por el balazo.

Con un aullido de fiera acosada, Donovan se revolvió, buscando al autor del disparo, con ojos desorbitados.

Le vio allí, erguido en la ventana, asomado medio cuerpo a la habitación del apartamento, y el otro medio a la terraza florida.

Con una automática humeante en la mano.

—¡Kent Freemont! ¡Tú, maldito polizante asqueroso! —aulló, con rabia desesperada, demente.

Se precipitó sobre Kent. El federal esperó a pie firme, con dura sonrisa, en tanto el asesino avanzaba exasperado, al aire su sangrante mano.

No disparó. Pudo haberlo hecho y matarle allí mismo. Pero no lo hizo. En vez de eso, aguardó. Y cuando le embistió Donovan, Kent se limitó a alzar una de sus manos e hincarle el puño en el hígado.

Donovan paró en seco, ahogándose. Dobló la cabeza al meterle Kent la pistola en el estómago. Luego, cuando lo hacía, la zurda de Kent se aplastó contra su nuca.

Quedó a sus pies, derribado como un toro herido de muerte. Lori, sollozando, corrió a los brazos de Kent Freemont.

—¡Kent, mi vida! —chilló—. ¡Kent, me salvaste...!

—Sí, Lori... —asintió Kent con un suspiro, abrazándola contra sí—. Hay policías en torno a la casa. Esperábamos esto.

—¿Lo... esperabais? —le miró ella con asombro, alzando su rostro lloroso.

—Exacto, Lori... Era una trampa. Y tú eras el cebo.

—¿Él... cebo? No entiendo, Kent...

—Sospechaba de Donovan. Solo quien conociera muy bien mis pasos podía ser el culpable, para anticiparse a mí en San Diego. Tú sabías lo que había hablado yo con Evans, lo que proyectaba hacer... Si hablabas con Donovan, él lo sabía también y podía anticiparse... Enseguida monté la trampa. Cuando tú le dijeras que ibas a casarte conmigo, él no renunciaría a su poder, a su hegemonía de hombre desquiciado, con delirio de grandezas y superioridad. Y haría algo, se delataría posiblemente... Lo hizo así, Lori. Y yo esperaba ahí oculto, sin que lo supierais nadie...

—Kent... Una trampa. Y yo... el cebo.

—Siento haberte puesto en peligro. Pero vigilaba muy de cerca. No podía suceder nada.

—No es eso, Kent... Es que tu llamada telefónica...

—Era la trampa. No te podía decir la verdad, porque tú no

sabrías fingir...

—Kent, me mentiste... ¡Me mentiste en eso! Todo era solo... una trampa para Donovan, y nada más.

—Bien, ese era el objetivo, pero...

—Kent Freemont, eres despreciable —musitó ella con voz tensa.

Y rompiendo en un sollozo, se hundió en una habitación interior, cerrando tras de sí violentamente y pasando un pestillo.

Kent iba a ir hacia allá, cuando golpearon la puerta. Abrió. Evans, Martin y los demás, entraron con sus armas en la mano. Rodearon al caído.

—Enhorabuena, Kent —habló Evans—. Lo consiguió...

Kent, con la mirada fija en la puerta cerrada, ni siquiera contestó.

CONCLUSIÓN

L

ORI Hindle entró en el compartimento. Dejó su maleta arriba. Suspiró, sentándose despacio.

El ferrocarril estaba a punto de salir. Pronto Los Ángeles iba a quedar atrás. Y con Los Ángeles, una etapa de su vida.

Pensó en Donovan, en su horrible destino, tras su cadena de horrores...

Cerró los ojos. No quiso pensar más. No quiso pensar en Kent. No, eso nunca. Kent tenía a su mujer de oro, a Dionne Baker, para ser amada y para convertirle en un importante y rico personaje.

Había sido una estúpida en tragarse el anzuelo, en creer aquello. Una gran estúpida, sí...

Ahora ya no tenía remedio. Nada tenía remedio realmente. Era mejor irse, dejar todo eso atrás. Recuerdos, esperanzas, todo.

El tren arrancaba ya. Lori dominó el llanto. Iba sola en el compartimento. El tren inició su marcha hacia el Este. Hacia otros lugares del país. Lejos de California, de su vida anterior... Lejos del recuerdo de Donovan. Y lejos de Kent. Sobre todo, lejos de Kent...

Ya trepidaba velozmente el ferrocarril. Avanzaba por las vías, vertiginoso, poniendo distancia entre ella y toda una vida rota, terminada dramáticamente.

Ya quedaba todo lejos. Incluso los días sangrientos del «Escorpión»...

El ferrocarril avanzaba, avanzaba... Y Los Ángeles se quedaba atrás. Para siempre...

La puerta se abrió. Alguien entraba en el compartimento. Ella tenía la vista baja, los ojos cubiertos de llanto, ciegos a todo. Se los cubrió, para que el viajero retrasado no la viese llorar...

Y el viajero se acomodó. Junto a ella. Oyó el golpe del maletín en la red. El tren silbó, moviéndose más rápido aún...

—Lori...

Y una mano tocó su hombro.

No, no podía ser...

—Lori...

Sí, sí podía ser. Era.

Alzó los ojos. Trató de ver a través del nublado de lágrimas.

—Kent... Oh, Kent... —susurró.

* * *

Kent Freemont.

Allí, junto a ella.

Mirándola callada, silenciosamente. Con su firme mano sobre su hombro, bajando por su brazo, hasta oprimir su mano cálidamente.

—Oh, Kent, ¿a qué has venido? ¿Qué haces tú aquí? —sollozó.

—¿No lo entiendes? Al finí el inspector me dio vacaciones. Un mes.

—Te... te felicito. Es una larga temporada de descanso...

—Sí, Lori. Lo es.

—¿No te quedas en Los Ángeles... para unirme a Dionne Baker?

—No, Lori —sonrió él—. Me voy de Los Ángeles... para iniciar mi luna de miel.

—Kent, no entiendo...

—Lori—, no seas obstinada. Mi llamada fue parte de la trampa, sí... Pero no todo era mentira. Te dije la verdad, para que tú reaccionaras. Te dije lo que de veras sentía, lo que siempre sentí por ti.

—Kent, no es posible...

—Lori, ¿es que aún no lo entiendes? Te quiero. Te quise siempre. No era falso el contenido de mi llamada. La llamada era la trampa, pero no lo que en ella te dije. No me dejaste explicártelo siquiera... No me dejaste decirte nada, Lori, mi amor...

—Kent, por Dios... —sollozó ella, desgarradoramente—. Si eso fuera cierto... yo sería la mujer más feliz del mundo.

—Es cierto. Es totalmente cierto, Lori...

—Kent...

—Vamos a casarnos, Lori. En el primer lugar que paremos.

—Sí. Kent...

—Vamos a ser el uno para el otro toda la vida.

—Kent, es maravilloso...

—No habrá lujos en nuestra vida, ni hará falta.

—No, Kent...

—Habrá solamente amor.

—Amor...

—Lori, ¿qué me respondes?

Ella lloraba de nuevo. Su voz sonó ahogada:

—¿Hace falta que te responda algo, mi vida?

Kent la atrajo hacia sí. El tren rodaba vertiginoso.
—No. No hace falta...
Se besaron. Sus labios permanecieron unidos.
No. No hacía falta decir nada.
Aquello era lo más expresivo. Lo más elocuente...

F I N



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

Amaro García, 17 • Madrid-5

1
Pt

Notas

[←1]

Alude al juego de palabras que puede hacerse en inglés con el apellido de la chica. «Faithful», significa textualmente «fiel».